

ESQUILO

Orestíada

Lectulandia

La Orestíada es una trilogía de obras dramáticas de la Grecia Antigua escrita por Esquilo, la única que se conserva del teatro griego antiguo. Trata del final de la maldición sobre la casa de Atreo. Las tres obras que la forman son: Agamenón, Las coéforas y Las euménides. Una cuarta obra, Proteo, un drama satírico que se representaría junto a ellas, no ha sobrevivido.

-Agamenón. En la primera obra de la trilogía, se relata el regreso de Agamenón, rey de Argos, de la Guerra de Troya para encontrar la muerte. En su hogar se encuentra su esposa, Clitemnestra, que ha planeado su muerte como venganza por el sacrificio de su hija, Ifigenia. Más aún, dado que la ausencia de su esposo ha durado diez años, Clitemnestra ha sucumbido a una relación adúltera con Egisto, primo de Agamenón y el descendiente de una rama desheredada de la familia, que está determinado por recuperar el trono que cree que en justicia le pertenece.

-Las coéforas. La segunda parte de la trilogía cuenta el proceso de venganza planeado por Electra. Trata de la reunión de los dos hijos de Agamenón, Electra y Orestes, y su venganza. Electra reconoce a Orestes por una marca en la cara durante los funerales de Agamenón. Acto seguido, Orestes mata a Egisto y a su madre Clitemnestra. Ésta convoca a las furias, que perseguirán a Orestes.

-Las euménides. Esta tercera y última pieza muestra cómo Orestes es llevado a juicio ante el tribunal divino. Las Euménides narra cómo Orestes, Apolo y las Furias comparecen ante un jurado de atenienses conocido como Areópago ('roca de Ares', una colina rocosa plana junto al ágora ateniense donde el tribunal de homicidios de Atenas celebraba sus sesiones), para decidir si el asesinato de Clitemnestra por parte de su hijo, Orestes, le hace merecedor del tormento que le infligen. Orestes es encontrado inocente gracias a la ayuda de Apolo.

Lectulandia

Esquilo

Orestíada

ePUB v1.0

Polifemo7 03.11.11

más libros en lectulandia.com

Traducción: José Alsina

Agamenón

PERSONAJES DEL DRAMA

VIGÍA

CORO DE ANCIANOS ARGIVOS

MENSAJERO

CLITEMNESTRA, esposa de Agamenón

HERALDO

AGAMENÓN, rey de Micenas

CASANDRA, hija de Príamo y cautiva

EGISTO, amante de Clitemnestra

(En la azotea del palacio de los Atridas en Micenas está apostado un VIGÍA. Es de noche y reina un profundo silencio).

VIGÍA. Pido a los dioses que mis penas cesen, esta guardia, que dura ya hace un año, durante el cual, echado como un perro, en la azotea del palacio Atrida, aprendí a conocer la multivaria multitud de los astros que en el cielo, príncipes luminosos, resplandecen, y las estrellas, que a los hombres traen inviernos y veranos, ortos y ocasos.

(Breve pausa).

Y ahora aguardo el signo de la antorcha, la llama esplendorosa que de Troya ha de traernos nuevas y el anuncio de que al final ha sido conquistada, pues así lo ha mandado de una esposa el varonil e impaciente pecho. Cada vez que me tumbo en mi camastro perdido en la tiniebla y empapado, y nunca visitado por los sueños —que en vez del sueño, el terror se me acerca y el párpado cerrar no me permite en tranquilo reposo—, cuando quiero cantar o bien silbar una tonada buscando contra el sueño algún antídoto, echo a llorar, lamento el infortunio de una casa ya no tan bien llevada como antaño. Mas ¡ojalá que ahora, a través de la noche, apareciera la llama que traerá buenas noticias, y llegara el final de mis desdichas!

(Breve pausa. A lo lejos, de pronto, brilla una luz).

Oh, bienvenida, antorcha que, en las sombras, presagias ya la luz de la alborada y en Argos el comienzo de festejos para conmemorar esta ventura. ¡Oé, oé! Con voz muy clara envió la consigna a la esposa del rey, para que, presta, se levante del lecho

y en palacio haga entonar un canto de triunfo en honor de esa antorcha, si es muy cierto que la ciudad de Troya está tomada. Y yo mismo el preludio de la danza habré de interpretar; que esta jugada de mis amos la apunto yo en mi haber: ¡un triple seis me vale esta fogata!

(Baila durante unos instantes).

Y que el día en que llegue a este palacio mi señor rey, me sea concedido sus manos estrechar entre las mías. El resto, me lo callo: que en mi lengua pesa un enorme buey. La casa misma si hablar pudiera todo lo explicara. Yo escojo, por mi parte, a quienes saben y entienden, dirigirme. Para aquellos que ignoran todo, todo lo he olvidado.

(Sale. Entra el CORO).

CORO. Diez años desde que el magno adversario de Príamo, —el noble Menelao y Agamenón, potente junta de los Atridas, por Zeus honrados con doble cetro y trono, lanzaron a la mar, desde esta tierra argiva, escuadra con sus mil navios —expedición armada, de castigo— lanzando con poderosa voz, desde el fondo del pecho, el grito de «¡Guerra!», como buitres que, en solitario dolor por sus polluelos, revolotean en torno de su nido bogando con los remos de sus alas, perdido sin remedio ya el trabajo de proteger el nido de sus crías. Pero un dios, en la altura, —¿un Apolo, quizás, un Pan, o un Zeus acaso?— al escuchar los gritos de esas aves avecindadas en su reino, contra el culpable envía unas Erinias, tardía vengadora. De igual modo, el prepotente Zeus hospitalario contra Alejandro manda a los hijos de Atreo, y por una mujer de muchos hombres dispónese a imponer a dánaos y a troyanos igualmente numerosos combates que extenúan los miembros, rota la pica en el primer asalto la rodilla apoyada ya en el polvo.

Todo está como está y acabará tal como fue fijado: ni avivando la llama por debajo ni el aceite vertiendo por arriba si rehúsan las víctimas el fuego nadie podrá acallar furia inflexible.

Nosotros, incapacitados por la vejez de nuestro cuerpo, de esta acción vengadora descartados, aquí quedamos, guiando con el báculo nuestro vigor de niños: el ímpetu mozuelo que late en sus entrañas es igual al del viejo: Ares no está en su puesto.

Y la vejez extrema, su follaje agostado, marcha sobre tres pies, y no más fuerte que un niño, cual espectro en plena luz del día, va de acá para allá.

(Aparece CLITEMNESTRA).

Hija de Tíndaro, Clitemnestra, reina, ¿qué es lo que ocurre? Di, ¿qué novedades? ¿Qué noticia te indujo a ordenar por doquiera sacrificios? Flamean con sufragios los altares de los númenes todos de esta tierra, olímpicos, subterráneos, de palacio y de fuera, y una aquí y otra allí, hasta los cielos avivada se eleva la llama con los suaves estímulos, no engañosos del aceite sagrado, y con ofrendas sacadas desde el fondo del palacio. De todo esto dígnate contarme lo que es justo, lo que esté permitido y conviértete en médico de mi ansia, que ora es angustia, ora ante los sacrificios que celebras, esa cuita de penas insaciable aleja de mi alma la esperanza.

ESTROFA 1.^a

Fuerzas me quedan para cantar el augurio de victoria que saludó la partida de mis jóvenes príncipes: aún por un don del cielo, alienta en mí la fuerza persuasiva, y puedo yo, a mi edad, cantar aún nobles gestas: cómo el doble poder, el doble trono, de los aqueos, concorde caudillaje de la juventud griega, hacia la tierra teucra fue enviada, con pica y mano justicieras, con un bélico augurio: reinas de aves, a unos reyes de naves, negra la una, de blanca cola la otra, se aparecieron muy cerca de la tienda, del lado de la mano que la pica blande en lugar bien visible, en tanto devoraban una liebre, con toda su preñez, que vio frustrada su última carrera. ¡Entona, el canto lúgubre, sí, lúgubre, pero que, al fin, se imponga la justicia!

ANTÍSTROFA 1.^a

Cuando el sabio adivino de la hueste, vio con tan parecidos sentimientos a aquellos dos Atridas, reconoció en los bélicos devoradores de la liebre, a los dos capitanes de la hueste. Y habló de esta manera explicando el portento: «Con el tiempo, de Príamo las torres habrá de conquistar esta incursión, y todas las riquezas de este pueblo, acumuladas tras sus fuertes muros, habrá de destruir la Moira fatalmente. ¡Tan solo que la envidia de los dioses no vaya a ennegrecer ese terrible bocado de Troya que ha forjado esta hueste! Que Ártemis, la pura, por compasión está irritada con los alados perros de su Padre, que a la mísera liebre, con su preñez inmolan, antes del parto, y odia el festín de las águilas. ¡entona el canto lúgubre, sí, lúgubre, pero que, al fin, se imponga la justicia!

MESODO. Tan magnánima siempre, la bella que en los tiernos cachorros se complace de los fieros leones, y en las crías de todas las fieras de la selva, me pide que interprete esos portentos, felices, sí, y, al tiempo, reprochables. A Peán yo suplico que la diosa no envíe hacia los dánaos, con un viento contrario, dilaciones que paren el curso de las naves, y que exijan un nuevo sacrificio. Porque aguarda, horrible, dispuesta siempre a erguirse, una artera intendente, la ira rencorosa, que exige la venganza por los hijos». Tal fue la profecía que Calcante, entre grandes venturas, vaticinó a nuestra real casa, interpretando augurios de partida. Y con ella concorde, ¡entona el canto lúgubre, sí, lúgubre, pero que, al fin, se imponga la justicia!

ANTÍSTROFA 3.^a

Y el anciano caudillo de las naves aqueas, sin cubrir de reproche al adivino, y respirando al compás de la adversa fortuna, cuando la hueste aquea se consumía por larga demora que vaciaba las ánforas, varada frente a Calcis, en las playas de Áulide, por el mar azotada;

ESTROFA 4.^a

los vientos soplaban desde el Estrimón trayendo consigo nefastas demoras, ayunos y anclajes peligrosos, errátiles caminos de las tropas, ruina de las naves y las jarcias; prolongaban el tiempo de la estancia, y consumían con la inacción la flor del ejército argivo. Pero cuando el augur el nombre pronunciaba de Ártemis, y a los reyes pregonaba un remedio aún más duro que el fuerte temporal, de tal manera que con su cetro golpean los Atridas la tierra, sin contener el llanto;

ANTÍSTROFA 4.^a

entonces el rey de más edad la palabra tomó y habló de esta manera: «Cruel es mi destino si no cumplo, pero también cruel si degüello a mi hija, de mi hogar la alegría, y con un chorro de sangre virginal yo mancho junto al altar estas manos de padre. ¿Cuál de los dos partidos está libre de males? ¿Y cómo puedo abandonar mi escuadra traicionando así mis alianzas? Pues que este sacrificio, que ha de calmar los vientos, que esta sangre de virgen, con todo ardor deseen, no es, en verdad, un crimen, ¡que sea para bien!».

ESTROFA 2.^a

Zeus, quienquiera que sea, si le place este nombre, con él voy a invocarle. No puedo imaginarme, computándolo todo, más que a Zeus, si, en verdad, he de arrancar de mi alma el peso de esa angustia tan inútil.

ANTÍSTROFA 2.^a

El que un día fue grande, desbordando de audacia combativa, no se dirá de él, un día, ni siquiera que ha sido. Y el que tras él surgiera, dio con su vencedor. Tan solo el que piadoso invoca a Zeus en cantos de triunfo alcanzará la prudencia suprema.

ESTROFA 3.^a

Él, que abrió a los mortales la senda del saber; Él, que en ley convirtiera «Por el dolor a la sabiduría». En vez de sueño rezuma dentro el pecho un dolor que recuerda el mal antiguo. Así, aun sin querer, le llega al hombre la prudencia. ¡Favor violento de los dioses que en su augusto trono se sientan, junto al timón!

ESTROFA 5.^a

Y, una vez se vistiera el arnés del destino, levantose en su espíritu un vendaval contrario, impío, sacrilego, a cuyo embate mudó de sentimientos hasta atreverse a todo. Que instiga a los mortales obtusa consejera, una infausta demencia, hontanar primigenio de criminales actos. Osó, en fin, convertirse de su hija en el inmolador fomentando una guerra iniciada para vengar el rapto de una hembra, propiciatoria ofrenda de una armada.

ANTÍSTROFA 5.^a

Y sus ruegos, sus súplicas de «¡Padre!», sus años virginales, para nada contaron para aquellos capitanes sedientos de combate. Tras la plegaria, el padre hace señal a sus ministros, que con todas sus fuerzas la incorporen postrada como está entre sus ropajes, y que encima del ara la coloquen, con el rostro inclinado hacia la tierra como una cabritilla; que con una mordaza sobre su hermosa boca, impidan que dé gritos de maldición sobre su propia casa,

ESTROFA 6.^a

con la fuerza y el mudo ardor de un freno. Y en tanto iba vertiendo azafranados tintes, desde sus ojos iba despidiendo dardos de compasión contra quien la inmolaba. Parecía llamarlos por su nombre, como en un cuadro, pues, ¡con qué frecuencia en la estancia paterna, llena de ricas mesas, había ella cantado! ¡Cuántas honrara, intacta y amorosa, con su voz virginal, la libación tercera de su padre, con un feliz peán!

ANTÍSTROFA 6.^a

Lo que luego siguió ni lo vi ni lo digo. Mas de Calcante el arte no deja de cumplirse. La justicia se inclina hacia aquellos que sufren, y comprensión les trae. El futuro, cuando se haya cumplido, verlo podrás; hasta aquel día no debe preocuparte. Ya llegará, y muy claro, con los primeros rayos de la aurora. En todo caso, tengan feliz remate los sucesos futuros, cual desea la que muy próxima a mi dueño, es solo baluarte de la tierra de Apis.

(Aparece CLITEMNESTRA).

CORIFEO. He venido a rendir mi pleitesía, a tu augusto poder, oh Clitemnestra. Que es justo honrar del príncipe a la esposa si está vacío el trono del marido. Tanto si recibiste dulces nuevas, como si no, y consagras sacrificios a la dulce esperanza, yo te escucho con leal atención. Y si te callas tampoco lo tendré por reprochable.

CLITEMNESTRA. De buenas nuevas sea mensajera —como reza el proverbio— esta alborada que ha nacido del seno de la noche. Una noticia escucharás que toda tu esperanza supera: los argivos han capturado la ciudad de Príamo.

CORIFEO. ¿Cómo dices? Es tan inverosímil lo que cuentas, que apenas me lo creo.

CLITEMNESTRA. Que Troya es de los griegos. ¿No hablo claro?

CORIFEO. Me embarga el gozo y me provoca el llanto.

CLITEMNESTRA. Tus ojos bien delatan lo que sientes.

CORIFEO. ¿Tienes fiel garantía del suceso?

CLITEMNESTRA. La tengo, sí, si un dios no me ha engañado.

CORIFEO. ¿Te basas en los sueños persuasivos?

CLITEMNESTRA. Yo no acepto quimeras de un demente.

CORIFEO. ¿Te ha cebado, quizá, un rumor sin alas?

CLITEMNESTRA. Fustigas mi razón cual la de un niño.

CORIFEO. Y, ¿cuándo ha sido la ciudad arrasada?

CLITEMNESTRA. La noche que ha parido esta alborada.

CORIFEO. Y, ¿qué nuncio llegó tan prestamente?

CLITEMNESTRA. Hefesto, que desde el Ida nos mandó brillante llama. Después, una hoguera manda otra llama mensajera de Hermes; más tarde, desde esta isla, al ingente resplandor acoge la cima de Atos, que está consagrada a Zeus; —esta es la tercera etapa—. Más tarde, el empuje errante de la llama pega un brinco y la espalda del mar cruza... Después anuncia la antorcha a los guardias del Macisto un resplandor tan dorado como el sol. Sin detenerse, y sin dejarse vencer por el sueño, incautamente, su papel de mensajero, aquel no olvida, y la luz de la hoguera parte lejos en dirección a las aguas del Euripo, y comunica su mensaje a los vigías del Mesapio. A su vez, estos su respuesta luminosa encienden, prendiendo fuego a un montón de broza seca y la mandan hacia aquí. Y llena de vigoría, sin jamás debilitarse, la llama cruza, de un salto la llanura del Asopo, cual si la brillante luna fuera, y marcha hacia los riscos del Citerón, despertando otro relevo de fuego. Y la guardia allí apostada no se ha negado a avivar hoguera de largo alcance prendiéndola más potente de lo que se le ordenara; y salta su resplandor más allá de la laguna Gorgopis, y ya llegando al monte Egíplanto, urge a no retrasar la orden de hacer fuego; entonces prenden, liberales, una llama, y enorme barba de fuego mandan, que a lo lejos brilla, con fuerza para saltar el promontorio que se alza sobre el Sarónico golfo. Da un brinco y llega a la cima del Aracne —ese vigía que cabe nuestra ciudad se yergue, para llegar de un salto hasta los palacios del Atrida, esa ardorosa llama que, en cierta manera nieta de la hoguera es que allá en el Ida naciera. Estas eran las consignas que ya habían recibido los corredores de antorchas. Y la victoria merecen el último y el primero. He aquí la prueba, he aquí el signo que, desde Troya, me ha mandado mi marido, y que ahora te relato.

CORIFEO. Luego mi acción de gracias a los dioses dirigiré, señora. Por ahora, yo quisiera escuchar, punto por punto, esas noticias, mientras me repites la nueva, y me extasío al escucharlas.

CLITEMNESTRA. Hoy Troya al fin es ya de los aqueos. En la ciudad, imagino, ya se escuchan voces de desigual acento. Vierte, en la misma vasija, algo de aceite y de vinagre: y tú dirás, al punto, que obran cual enemigos enfrentados. Del mismo modo pueden escucharse, bien distintos, por cierto, los lamentos de vencedores y vencidos, ante su suerte desigual. Estos abrazan de hermanos y de esposos los cadáveres, los hijos, los de sus progenitores, y se lamentan, con su boca esclava, por el hado de sus más caros deudos; pero a los otros, a los vencedores, la nocturna fatiga

tras la lucha los acomoda, hambrientos, a almorzar de los bienes que la ciudad encierra, no en un orden concreto, mas tal como a cada cual se lo indicó la suerte.

(Pausa).

Ahora están instalados, ya, sin duda en la esclava mansión de los troyanos, libres, al fin, del hielo del relente, de la escarcha. Cual ricos potentados, la noche pasarán sin montar guardia. Si de esta tierra respetan a los dioses, esclavizada ya, y los santuarios, no existe ya temor, que, vencedores, hoy, sean los vencidos de otro día. ¡Que no invada a la hueste el ansia ardiente de profanar aquello que no deben! Pues para ver el día del retorno, les queda aún por recorrer un largo de su doble carrera. Y más aún; si consiguen llegar, sin verse reos, a los ojos del cielo, hay la esperanza de mitigar el daño que causaron a los que han muerto allí, si antes, no ocurre algún suceso infausto y lamentable. Tal son las razones que de labios de una mujer has escuchado. ¡Triunfe el bien, al fin, sin confusión alguna! Que, de los muchos bienes que se ofrecen, este es, sin duda, aquel que yo prefiero.

CORIFEO. Has hablado, mujer, con gran prudencia, como a varón prudente corresponde. Yo, después de escuchar tan claras pruebas, invocaré a los dioses, pues un bien recibimos que vale nuestro esfuerzo.

CORO. ¡Zeus, rey! ¡Oh noche amiga, que el tesoro de tan inmensa gloria has conquistado! Sobre las torres de Troya tu envolvente red echaste, y nadie, ni persona de edad, ni tierno niño, ha podido librarse de esa enorme trampa esclavizadora que todo lo somete. Ante Zeus, el gran Zeus hospitalario, me postro humildemente. Él ha sido el autor; Él, que ha tenido, durante tanto tiempo, tenso el arco, apuntando hacia Paris, de modo que sus dardos no cayeran allende las estrellas y resultaran vanos.

ESTROFA 1.^a «De Zeus el golpe es», puede afirmarse. Y es fácil rastrear estas verdades. Todo ha ocurrido conforme a sus designios. Alguien ha dicho que los dioses no se dignan ocuparse de aquellos que han hollado la majestad de lo que es intocable. Mas quien lo dijo no era un ser piadoso. Porque brota, prolífica, la maldición que cae sobre el osado, sobre quien alienta metas que sobrepasan la medida, cuando su casa desborda abundancia. Venga sin daño la fortuna, y baste así a los que poseen la prudencia. No es baluarte bastante la riqueza a evitar la ruina para quien, en su hartazgo el gran altar de la justicia ha hollado.

ANTÍSTROFA 1.^a Lo azuza, con violencia, la tenaz Persuasión, la hija insoportable de Ceguera. Y vano ya resulta todo antídoto. No consigue ocultarse, y cual tétrica luz, su perversión fulgura, y, sometido al toque de Justicia, se ennegrece, cual bronce, de mala ley, roído por el uso y los golpes. Es como un niño que corre tras un pájaro alado y que provoca entre los suyos aflicción infausta. Ningún dios presta oído a sus plegarias; al criminal autor de esas maldades los númenes lo

abaten.

Cual Paris, que penetró en el palacio Atrida y deshonró su mesa hospitalaria a una esposa raptando.

ESTROFA 2.^a Y ella, entonces, dejando, a su patria tumultos de escudos, arneses de la hueste, y armamentos de naves, y trayendo a Ilion la ruina, en vez de dote, la puerta de su hogar cruzó con diligencia, repleta de criminal audacia. Gimen agudamente los profetas del palacio, exclamando: «¡Ay, ay, ay, casa y príncipes! ¡Ay, pasos presurosos tras el amor de un hombre! En su amor creará que el espectro de la que está allende los mares reina en la casa.

La gracia de las bellas estatuas se hace odiosa al esposo; de aquellos ojos que no despiden luz ha huido todo encanto.

ANTÍSTROFA 2.^a En sueños se le muestran atractivas quimeras, que traen gozo, y que, al final, resulta un gozo vano. Porque, cuando contempla lo que cree su bien, la aparición se esfuma, de entre sus brazos, vana, para nunca volver siguiendo los alados caminos de los sueños». Tal es el duelo en el palacio, y otros que lo esperan aún; y reinan en el hogar de cada cual pesares que el alma afligen por los que partieron de esta tierra de Helén. Porque son muchas las cuitas que el corazón han lacerado.

Cada cual sabe a quiénes despidiera, pero, en vez de guerreros, son urnas y cenizas lo que al hogar regresa.

ESTROFA 3.^a Ares, cambista de oro y de cadáveres, y que sostiene el fiel en la refriega desde Ilion devuelve un puñado de polvo calcinado, amargo y triste a sus deudos, y rellena las urnas de ceniza en vez de devolver a unos guerreros. Todos vierten sus lágrimas mientras hacen elogios de los suyos. De uno dícese que era «sabedor de batallas», de otro que «cayó dignamente en la refriega», por la mujer de otro. Tal es lo que en silencio se murmura, y sordamente va avanzando contra los Atridas, brazo de la justicia, un oleaje de rencor punzante.

Mas otros allí mismo, junto al muro con sus formas intactas, por tumba tienen un pedazo de la tierra de Troya.

ANTÍSTROFA 3.^a Pesado fardo, una nación airada; la maldición de un pueblo, se cobra, finalmente, la factura. Yo, en mis ansias, espero una noticia oculta entre tinieblas. Los dioses siempre acechan a los que han provocado tantas muertes, y la lúgubre Erinia, con el tiempo, a aquel que injustamente la dicha haya alcanzado, lo cubrirá de noche, transformando en ruinas su existencia. Y cuando ya ha llegado entre los muertos, no hay remedio. Terrible cosa es la gloria con exceso, pues de Zeus el rayo sobre su hogar se abate.

La dicha yo prefiero que no despierte envidia. No sea yo jamás un destructor de pueblos, ni, vencido a mi vez, tenga que ver mi vida sometida al arbitrio de terceros.

EPODO. Veloz recorre la ciudad una nueva, que nos trajo una llama de feliz

augurio. Si es cierta, si es engaño de los dioses, ¿quién podría saberlo?

¿Hay nadie tan pueril, de mente tan enferma, que deje que su pecho se caliente por extraños mensajes de una hoguera, para, luego, al trocarse ya el relato, caer en el desánimo? Es propio del talante femenino aceptar la alegría antes de comprobarse realmente. Crédulo con exceso, corazón de mujer es presa fácil. Pero también desmaya fácilmente fama que una mujer ha difundido.

CORIFEEO. Muy pronto sabremos si estos relevos de antorchas y fogatas la verdad han dicho, o bien, al contrario, el resplandor que llegó hasta nosotros envuelto en dulce alegría es solo espejismo de la mente, como si fuera un ensueño. Veo llegar de la costa a un heraldo, coronado con unos ramos de olivo. Del lodo hermano y vecino la pulverulenta tierra es garantía de que no va a permanecer mudo, y de que no va a prender una hoguera con la leña de los montes y ofrecer su mensaje, simplemente, con humo, sino que va o a aumentar con su palabra nuestro gozo, o bien... mas esto de miedo y terror me llena. ¡Y que a la ventura de hoy venga a sumarse esta nueva ventura! ¡Y si de esta tierra alguien, en sentido opuesto, hace sus votos, recoja el fruto de su alma aviesa!

HERALDO. *(Que llega corriendo con un ramo de olivo)*. ¡Oh tú, suelo paterno! ¡Oh patria argiva! Después de esos diez años he logrado llegar a ti, y tras ver mis esperanzas gran número de veces naufragando, una, al menos, ya puedo ver cumplida. Ya ni siquiera imaginar podía mi muerte en tierra argiva, compartiendo tan dulce sepultura con los míos. Pero ahora, ¡salud, oh tierra mía! ¡Salud, rayos del sol, Zeus soberano! ¡Y tú, príncipe Pitio, ya tus dardos no mandarás sobre nuestras cabezas! ¡Harto adversario fuiste cabe el agua del Escamandro! Sé ahora nuestro médico salvador, príncipe Apolo. También nuestro saludo a las deidades del ágora y a Hermes mensajero, mi patrono y orgullo del heraldo. Y también a los héroes que guiaron nuestra ruta. Acoged ahora a la hueste que ha sobrevivido a esta contienda. ¡Oh palacio real, hogar querido! ¡Sitiales augustos de los dioses encarados al sol! Hoy, como antaño, acoged dignamente, y radiantes, a nuestro rey, después de tanto tiempo. Trayéndonos la luz en plena noche, el rey Agamenón ahora ha llegado. Recíbidle con gozo, que, al final, se lo merece, puesto que ha arrasado con el mazo de Zeus, el justiciero, de Troya la ciudad; bajo sus golpes ha sido aniquilado el territorio. Los altares, borrados, y los templos de los dioses también; y se ha extinguido entera la semilla de esta tierra. Tal yugo en la cerviz ha colocado de Troya el rey Atrida, el venerable, el dichoso mortal que ahora ha llegado el más digno de gloria de entre todos los hombres de esta tierra. ¡Que ni Paris ni la ciudad que un día fue su cómplice, puede ufanarse de haber sido nunca mayor que su castigo, su insolencia! Reo de raptó y robo, ha visto cómo se le escapaba la cobrada presa; cómo se desplomaba totalmente su hogar paterno con toda su patria. Doble ha sido la pena que han pagado los Priámidas por el crimen cometido.

CORIFEO. ¡Salud, heraldo de la hueste aquea!

HERALDO. ¡Ya, si quieren los dioses, morir puedo!

CORIFEO. ¿Te atormentó tu amor hacia esta tierra?

HERALDO. Tanto, que de placer mis ojos lloran.

CORIFEO. ES que sufríais nuestro dulce morbo.

HERALDO Ilustrado por ti, podré entenderte.

CORIFEO. Afecto por aquel que nos amaba.

HERALDO. ¿Una hueste añoráis que os añoraba?

CORIFEO. Tanto, que gime mi enlutado pecho.

HERALDO. Y esta tristeza, ¿por qué causa vino?

CORIFEO. Tiempo ha que es el silencio mi remedio.

HERALDO. ¿Alguien, ausente el rey, te daba miedo?

CORIFEO. Sí, y como tú, morir ya no me importa.

HERALDO. Sí, pues todo ha acabado felizmente. Cuando una empresa largo tiempo dura conoce unos momentos venturosos y otros funestos. ¿Quién sino los dioses gozan de una existencia sin pesares? Si yo os contara todas nuestras penas, las duras noches al relente, aquellos tan estrechos y duros pasadizos donde era fuerza maldormir. Y ¡cómo nos apretamos todos, no teniendo un mal rincón donde acostarnos! Pero la cosa fue peor cuando llegamos a tierra: que era fuerza junto al muro enemigo dormir, y la humedad...

.....

del cielo y de la tierra, pertinaz fastidio, nos mojaba... los vestidos, y llenando de insectos nuestro pelo. ¡Si de aquellos inviernos yo os hablara que con las aves acababan y que el Ida, con sus nieves, nos hacía mucho más insufribles! ¡Del bochorno cuando una mar sin olas se amodorra sesteando en su lecho! Mas, ¿a qué lamentarse? Pasaron las fatigas, y a un punto tal que ni los mismos muertos piensan ya en levantarse. En cuanto a aquellos que hemos sobrevivido de la empresa, pesa más la ganancia, sin que incline el dolor la balanza hacia su lado. ¿A qué retornar, pues, a los caídos? ¿Por qué habrá de llorar quien sobrevive, por una suerte adversa? ¿No es mejor olvidar las miserias ya pasadas, y, ante la luz del sol que, cielo y tierra en su vuelo recorre, de esta forma pregonar nuestra prez? «La hueste argiva, tras arrasarse a Troya, ha consagrado a los dioses de Grecia, en sus santuarios, estos despojos, en condigna gloria». Y es fuerza que ensalcemos a la patria, al escucharlo, y a sus capitanes, y rendir homenaje a los auxilios del padre Zeus, que lo han hecho posible. Y aquí tienes el fin de mi discurso.

CORIFEO. Negar no puedo que me ha convencido este relato tuyo. Que en los viejos hay siempre propensión a las lecciones. Pero es a Clitemnestra y a esta casa, a quienes más conciernen tus noticias, como es muy natural; pero una parte de esta riqueza sí debe tocarme.

CLITEMNESTRA. Antes lancé, alborozada, un clamor por la victoria, cuando nos llegó el primer mensajero, ígneo, nocturno, para anunciar la conquista y la destrucción de Troya. Pero entonces, en un tono de reproche, alguien me dijo: «Por una simple fogata fuiste convencida, y crees que Troya es ahora ya alimento de las llamas. Es propio de la mujer dejar que se le enardezca el corazón». Frente a tales razones yo parecía, sin más, ser una demente. Y, sin embargo, seguía ofreciendo sacrificios mientras los hombres lanzaban, por toda la ciudad, gritos de victoria, cual mujeres, y sus votos ofrecían en los templos de los dioses para apagar, ya más tarde, esas llamas perfumadas que la ofrenda consumían.

(Al HERALDO).

¿A qué contarme ya más, si de labios del rey mismo habré de saberlo todo? Y ahora, yo me dispongo a ofrecer a mi marido, la más digna bienvenida porque, al fin, ha regresado. ¿Hay acaso luz más dulce para una esposa, que abrir las puertas de su morada al esposo, a su regreso de la guerra, cuando un dios la vida le ha conservado? ¡Y que llegue cuanto antes, rodeado del afecto de su patria! Que a su esposa a su regreso, tan fiel, hállela cual la dejara al partir, tal como un perro guardián de la morada, tierna con él, mas hostil con los extraños, y siempre conservándose la misma; que, después de tanto tiempo, ningún sello ha traicionado. Pues del amor de otros hombres y de cualquier reprehensible murmuración, no sé más que de trabajar el bronce. Y si altivo es mi lenguaje es que rebosa verdad, a tal punto que no puede sonar impropio en los labios de una mujer de prosapia.

(CLITEMNESTRA *entra en el palacio*).

CORIFEO. Ella ya ha hablado a quien, como eres tú, de esta suerte lo entiende; pero ha sido, para intérprete fiel, claro discurso. Mas dime, heraldo, y ahora te pregunto por Menelao: ¿ha regresado ya? ¿Se ha salvado quizá, y vuelve a su tierra ese monarca amado de mi patria?

HERALDO. No soy capaz de embellecer yo tanto una mentira para que el que quiero de ella pueda gozar por mucho tiempo.

CORIFEO. ¡Cómo podrías darnos una nueva que, a la par que verdad, fuera agradable? Dos cosas son que, si están separadas, no resulta muy fácil encubrirlas.

HERALDO. Despareció, en su nave, de la hueste aquea. Y yo no digo falsedades.

CORIFEO. ¿Le visteis todos zarpar desde Troya? ¿O acaso una tormenta, compartido azote de la escuadra, arrebatólo?

HERALDO. Diste en el blanco como un buen arquero. Mas, con breves palabras, una pena muy larga y dilatada has resumido.

CORIFEO. ¿Y qué decían los demás pilotos? ¿Que estaba muerto, o que aún vivía?

HERALDO. Nadie puede saberlo, excepto el sol que alimenta la fuerza de la tierra.

CORIFEO. Pero, ¿cómo ocurrió, di, esta tormenta causada por la ira de algún numen, y que cayó sobre las naves? Dime, ¿de qué manera concluyó la historia?

HERALDO. Un día fausto no debe profanarse con infausto lenguaje. Que cada dios goza de sus privilegios.

Cuando trae un mensajero, con el rostro entristecido, a la ciudad, la noticia, abominable, contando que su ejército ha mordido el polvo —para la patria, herida que a todos duele, y cada hogar recomienda sus caídos a los dioses subterráneos, por el doble azote tan caro a Ares, miseria de doble filo, yugo sediento de sangre—; entonces sí que el heraldo que llega con esa nueva, debe entonar de la Erinia el triste peán. Mas cuando, como a mí me ocurre ahora, se llega con buenas nuevas a una ciudad que disfruta de una bonanza completa, ¿cómo se deben mezclar los gozos con las miserias, contándoos la tormenta que cayó sobre los griegos no sin la ira del cielo? Porque allí se conjuraron, —hasta entonces enemigos declarados— agua y fuego, patentizando su unión, destruyendo, juntamente la mísera hueste aquea. Por la noche ya se había encrespado el infortunio de un oleaje cruel: una con otra empujaban los vientos tracios las naves, por el soplo de los vientos fuertemente corneadas, y por la lluvia también, que, en torrente, las azota. Y así se fueron hundiendo por el vórtice tragadas de un pernicioso pastor.

Cuando la brillante luz del sol ya se levantaba, vemos todo el mar Egeo de cadáveres bordado de los guerreros aqueos, y de restos del naufragio. A nosotros, algún dios —que sin duda no fue un hombre— y a nuestra nave salvó manejando el gobernalle o intercediendo por todos. La fortuna salvadora, se dignó, sin duda alguna, sentarse en nuestro bajel y, de esta guisa, ni anclados, la furia del mar sentimos, ni nos vimos arrojados contra costero arrecife. Y libres ya de una muerte entre las ondas segura, al aparecer la aurora, y desconfiando aún de aquella buena fortuna, una nueva pena vino a apacentar nuestro pecho: ¡Aniquilada, la escuadra, y reducida a ceniza! Y si alguno de ellos vive, sin duda que estamos muertos pensará, como nosotros lo mismo creemos de ellos. ¡Y que todo acabe bien! Y en cuanto al rey Menelao

.....

imagina que por él más que por otro se empeña. Y, por tanto, si algún rayo de sol lo está contemplando, es de esperar que con vida, y de lozanía lleno —gracias al favor de Zeus, que no querrá aniquilar a su estirpe— un día, llegue de regreso, a este palacio.

Y después de este relato que ahora acabas de escuchar sabe que lo sabes todo.

(Sale el HERALDO).

CORO.

ESTROFA 1.^a *¿Quién impuso su nombre, tan adecuadamente —¿no fue alguien acaso a quien no vemos, y que en su presciencia del destino, rige su lengua con acierto?—, a Helena, la novia de la lanza, envuelta en la discordia? Porque, evidentemente elimina naves, elimina guerreros, elimina ciudades. Pasando sus lujosos cortinajes, salió para zarpar a los soplos del Céfito impetuoso, y, en pos de ella, cazadores innúmeros armados, con escudos que siguen el invisible rastro de los remos, llegaron a la orilla de Simoente cubierta de follaje por obra de porfía carnífera;*

ANTÍSTROFA 1.^a *a Ilion envió la ira de designios infalibles boda infausta, para pedir un día las cuentas, con el tiempo, por los agravios infligidos a una mesa hospitalaria, y a Zeus, protector del hogar, a quienes, entonan un día con voz clara el canto nupcial, el himeneo, que en aquella ocasión correspondía entonar a los deudos. Y ahora, en vez de aquel, es muy distinto en cántico que aprende de Príamo la antigua fortaleza, y lo entona en voz alta, en medio de gemidos, mientras a Paris llaman «el del tálamo infausto», tras sufrir una sangre desdichada.*

ESTROFA 2.^a *Cría en su casa un hombre, un cachorro de león, privado de la leche de su madre; en los primeros pasos de su vida, manso y amigo de los niños, y diversión de viejos; con frecuencia lo sostienen en brazos, cual si de un tierno niño se tratara. A un gesto de la mano resplandecen sus ojos, mientras mueve la cola, constreñido por la exacción del hambre.*

ANTÍSTROFA 2.^a *Empero, con el tiempo, revela ya el instinto de sus padres; y devuelve el favor de su crianza celebrando un festín, al que nadie invitara con matanzas terribles de corderos dolor inevitable de quienes las habitan, y de sangre se empapan las estancias, carnicería enorme de ganado; y ya no cabe duda: creció en aquel hogar para trocarse al fin en sacerdote de Ceguera.*

ESTROFA 3.^a *Se diría, igualmente, que lo que arribó a Troya era un halo de bonanza no agitada por vientos; una muy dulce prenda de riqueza, suave saeta que hiere la mirada, flor amorosa que cautiva el alma. Pero luego se truncan sus efectos, y a estas bodas impone un fin amargo; infausta donde habita, infausta, incluso, para quien la trata, cayó sobre el hogar de los Priámidas enviada por Zeus hospitalario, una Erinia, en la forma de lamentable esposa.*

ANTÍSTROFA 3.^a *Existe, entre los hombres, un refrán muy antiguo:*

«La mortal opulencia al llegar a un exceso engendra nuevos hijos, no permanece estéril. Y de esta buena suerte luego brota dura miseria para su familia». Pero, frente a los otros, yo pienso a mi manera: un acto impío engendra, después, nuevas maldades de rostro semejante al de los padres. Mas la casa do reina la justicia un

destino conoce que tiene hermosa prole.

ESTROFA 4.^a *En cambio, entre malvados, una insolencia antigua suele parir nueva insolencia, un día u otro, cuando llega la hora fijada para el parto: espíritu sediento de venganza, invencible, impío, incombustible: la audacia, la ceguera fatal para las casas, espectro vivo de su propia madre.*

ANTÍSTROFA 4.^a *Brilla, empero, Justicia incluso en las cabanas negras de humo, y enaltece al mortal que es piadoso. Abandona la estancia adornada con oro por unas sucias manos dirigiendo sus ojos a otra parte, mirando lo que es puro. Y no practica el culto al poder de los bienes con sus anhelos de una falsa gloria. Y todo lo conduce al fin primero.*

(Entra AGAMENÓN, montado en un carro, con su séquito, y acompañado de CASANDRA, que se halla a su lado, de pie, en el carro).

Mi Rey, vencedor de Troya, vástago de Atreo, ¿cómo he de saludarte? ¿Cómo expresarte mi homenaje, sin pecar por un exceso o un defecto, en lo que exige un acto de cortesía? Que muchos hombres prefieren lo que es mera apariencia y ultrajan a la justicia. Todos dispuestos están a compadecer al que es infeliz, mas el dolor de la desgracia no llega a morder su corazón. Y así, fingen compartir la alegría, violentando a veces un rostro que se resiste a sonreír. Pero el que es un buen pastor de sus rebaños, no deja engañarse por el rostro que solo parece fiel, y que el afecto le muestra con una amistad fingida. Cuando otrora disponías tus escuadras al rescate de Helena —mis sentimientos no quiero ahora ocultarte— de ti me formé una imagen hartos tosca, como si no supieras manejar el timón de la prudencia. ¡Rescatar a una mujer —pensaba— que se ha entregado, con el precio de la vida de tantísimos guerreros! Pero ahora —y te lo digo desde el fondo de mi entraña y con mi afecto— ¡cuán dulce la fatiga, para quien con su deber ha cumplido! Con el tiempo, si te informas, ya sabrás qué ciudadanos a la ciudad defendían cumpliendo con su deber, y quiénes no lo cumplían.

AGAMENÓN. A Argos primero es justo que salude, y a los dioses, coautores, de mi vuelta y del justo castigo que yo he impuesto a la ciudad de Príamo. Pues los dioses sin escuchar las partes en litigio, y sin vacilación, depositaron en la urna sangrienta, para Troya, voto de destrucción, voto de muerte para sus campeones; en la otra, sin voto, por llenarla solamente estaba la esperanza. Una humareda señala todavía el punto donde se erguía la ciudad hoy conquistada. Solo los torbellinos de Ceguera dan signos aún de vida, y, compartiendo con la ciudad la muerte, todavía despide la ceniza el vapor denso de su riqueza. Y por ello debemos a los dioses eterna gratitud: hemos vengado el rapto con castigo que ha superado todas las medidas. Por solo una mujer, una ciudad entera por el argivo monstruo fue arrasada —la cría del

caballo, hueste armada con escudos que diera enorme brinco al caer de las Pléyades, saltando por encima del muro, y cual león, hasta hartarse lamió sangre de reyes.

(Pausa).

He prolongado un tanto mi discurso con un prelude dedicado al cielo. Cuanto a tus sentimientos —ya he oído y recuerdo muy bien cuanto me has dicho— yo te digo lo mismo, estoy contigo. Son pocos los mortales que, de forma natural y espontánea, su homenaje, sin asomo de envidia a sus amigos rinden en la bonanza. De la envidia cuando el veneno se asentó en el pecho duplica la dolencia contraída, y gime viendo la ventura ajena. Porque lo sé muy bien puedo afirmarlo; de la amistad conozco yo el espejo: y que son solo espectro de una sombra seres que imaginaba muy adictos. Tan solo Ulises, que a la mar se hiciera por la fuerza, una vez ya se vio uncido a igual yugo que yo, estuvo dispuesto a tirar de la cuerda que yo mismo tiraba; y te lo digo tanto si ya muerto está como si sigue en vida. Por lo que toca a la ciudad y los dioses, lo habremos de tratar en la asamblea, en público debate, procurando que lo que es bueno se prolongue, y si algo exige aplicar duros remedios, hemos de procurar, con gran cuidado expulsarlo, quemando o bien cortando. Y ahora voy a entrar en mi palacio, en mi casa, y ante todo, a los dioses saludaré, que lejos me enviaron y aquí me han retornado. ¡Y que Victoria que hasta aquí me siguió, siga a mi lado!

CLITEMNESTRA. Ciudadanos, honra y prez de la argólida ciudad, no me voy a avergonzar de dar, en vuestra presencia, muestras del amor que siento; que, con el tiempo declina en el mortal el pudor. Y sin haberlo aprendido de terceros, contaré la vida que yo he llevado durante el tiempo en que estuvo mi esposo al pie de Ilión. Primero, para una esposa es ya un tormento sin par estarse en casa sentada sola y sin la compañía del marido, toda suerte de desalmados rumores escuchando; que uno viene a traer malas noticias, y después, otro, con nuevas peores y, así, van todos anunciando mil desgracias para la casa. Y si tantas heridas él recibiera cual, por diversos conductos, traían hasta mi casa los rumores, bien podríais decir que más agujeros tiene que una red. Si hubiera muerto tantas veces cuantas lo anunciaban los rumores bien podría presumir, cual Gerión revivido, de que posee tres cuerpos, y de que una triple capa ha recibido de tierra, por cada cuerpo abatido una vez. Por tan horribles referencias, más de un nudo que en el techo había colgado, manos extrañas tuvieron que deshacer por la fuerza y que ahogaba mi garganta.

(A AGAMENÓN).

Por ello no está aquí, ahora, a mi lado, cual debía, Orestes, tu hijo, la prenda de mi propia fe y la tuya. Y por ello no te extrañes; que lo cría, con afecto, un huésped

de guerra, Estrofió, el de Fócide, aduciendo que era doble su peligro: los riesgos que tú corrías al pie del muro de Troya, y la posibilidad de que algún motín del pueblo el consejo derribara. Que es muy propio de los hombres con el que cae ensañarse. Y esta explicación que digo no lleva engaño ninguno. En cuanto a mí, la verdad, es que la fuente del llanto se ha secado, y que no queda ni una gota. Ya llagados tengo los ojos, porque velaban hasta altas horas de la noche, lamentando el que nunca se encendiera la llama de tu regreso. Me despertaba del sueño el más ligero rumor de un mosquito, una vez que veía en mis pesadillas más desgracias contra ti de lo que me permitía la duración de mi sueño. Y, tras estos sufrimientos, con el alma liberada, por fin, de su angustia ya, a este hombre muy bien puedo saludar, diciendo que es perro guardián del rebaño, cable que asegura el barco, firme columna del techo, hijo único de un padre, y agua de manantial para el sediento viajero, tierra avistada a lo lejos por los marineros contra toda esperanza, la luz hermosa tras la tormenta; que siempre es dulce escapar de la miseria presente.

(Pausa y con majestad).

Lo considero digno de estos nombres y ¡que la envidia no los acompañe! Bastante ha sido el mal que hemos sufrido. Y ahora, amado esposo, de tu carro desciende ya, mas sin hollar el suelo con tus plantas, ¡oh destructor de Troya!

(Extiende ante él una alfombra de púrpura).

Mas, ¿por qué os retrasáis, esclavas mías, que tenéis la misión de desplegar una alfombra a sus pies? Salga un sendero de púrpura a su paso, y que Justicia lo conduzca a un lugar que no esperaba. Lo demás, un empuje no vencido por el sueño lo hará, si Dios me ayuda, cuando llegue el momento, y en la forma en que quiere el destino que se cumpla.

AGAMENÓN. Hija de Leda, guardia de mi casa conformes con mi ausencia tus palabras han sido: porque mucho te extendiste. Mas debe proceder de otras personas el elogio adecuado. Y no me trates en forma delicada y femenina ni me acojas a la manera bárbara, rodilla en tierra y el halago presto. Tampoco extiendas ante mí ninguna alfombra, pues que la envidia mis pasos podría acompañar. Es a los dioses a quien hay que rendir este homenaje. Un hombre soy: me causa escalofríos caminar sobre estos ricos bordados. Quiero decir que me honres como a un hombre. Sin bordados y alfombras, por sí sola, habla mi gloria ya; y el ser sensato es el don más precioso de los dioses. Hay que llamar feliz y venturoso al que acaba su vida en la bonanza. Ya te lo he dicho, no me atrevo a hacer esta acción que tú acabas de indicarme.

CLITEMNESTRA. Respóndeme, no ocultes lo que piensas.

AGAMENÓN. No pienso falsear mi pensamiento.

CLITEMNESTRA. En caso de temor, ¿es que no habrías ofrecido a los dioses tal promesa?

AGAMENÓN. Sí, de advertirme una persona sabia.

CLITEMNESTRA. Y si Príamo hubiese conseguido una victoria tal, ¿qué hubiera hecho?

AGAMENÓN. Marchar sobre bordados, me parece.

CLITEMNESTRA. Pues no temas, tampoco, los reproches.

AGAMENÓN. Sí; mas la voz de un pueblo puede mucho.

CLITEMNESTRA. Nadie envidia al que no despierta celos.

AGAMENÓN. No es propio de mujer buscar la lucha.

CLITEMNESTRA. También es bueno que el dichoso ceda.

AGAMENÓN. ¿Tanto estimas vencer en esta pugna?

CLITEMNESTRA. Aunque eres vencedor, cede a mis ruegos.

AGAMENÓN. Si así lo quieres, que desaten presto esclavas de mis pies estas sandalias Y que al hollar mis plantas esa púrpura no me alcance, de lejos, la envidiosa mirada de los dioses; me da miedo arruinar con mis pies este palacio pisando esta riqueza, esos bordados comprados a alto precio. Y, ¡basta de eso!

(Señalando a CASANDRA).

Acoge con afecto a esta extranjera, que, al que sabe mandar benignamente, los dioses lo contemplan complacientes. Es escogida flor de entre tesoros, don de la hueste a mi persona, y que ha venido conmigo. Y pues conviene atender tus palabras, voy a entrar a palacio esta púrpura pisando.

CLITEMNESTRA. Existe el mar —¿quién podría agotarlo?— el que nutre la savia siempre nueva de la abundante púrpura, valiosa como la plata, y con la que se tiñen los tejidos. Y, gracias a los dioses, en esta casa existe en abundancia. Esta casa no sabe de pobrezas: yo habría prometido muchas veces muchas prendas pisar, si me lo hubiera el profético templo aconsejado cuando buscaba el modo de salvarte. Si la raíz del árbol sigue viva el follaje se extiende hasta la casa, y ofrece protección a la canícula. Tu regreso al hogar, de igual manera significa el calor en pleno invierno, y cuando Zeus el vino va cociendo en las agraces uvas, la llegada del esposo querido es aire fresco.

(AGAMENÓN entra en palacio).

¡Oh tú, Zeus cumplidor, cumple mis ansias! ¡No tardes en hacer lo que has dispuesto!

(*Entra en palacio CLITEMNESTRA*).

CORO.

ESTROFA 1.^a *¿Por qué, obstinado, brota el temor en mi pecho de profeta, y en torno a él revolea? ¿Por qué, ahora, mi canto vaticina, sin recibir la orden, sin cobrar su soldada? ¿Por qué no me es posible ahora escupir, como ocurre ante absurdas pesadillas, sin que una persuasiva confianza se aposente en tomo de mi alma? ¡Cuánto tiempo desde el momento aquel en que, al soltar amarras, la arena iba volando cuando zarpó hacia Troya la expedición naval!*

ANTÍSTROFA 1.^a *El regreso contemplo con mis ojos, —sí, soy testigo de ello— y, con todo, en mi pecho, espontáneo, el corazón entona sin acentos de lira, la lúgubre canción de las Erinias, sin conservar intacto aquel valor que la esperanza otorga. Pero no en vano me urgen las entrañas: danza dentro del pecho, amante de Justicia, mi corazón, envuelto en vórtices que anuncian cumplimientos.*

ESTROFA 2.^a *De una salud suprema no es alcanzable el límite más alto. Que la amenaza siempre, vecina, pared contra pared, la enfermedad, y un humano destino que avanza viento en popa, choca en oculto escollo. Si sabia precaución echa en las olas parte de las riquezas adquiridas, con honda medida, no se hundirá del todo la casa repleta con exceso, ni al fondo de la mar se va el navio. El don de Zeus, profuso, la cosecha de un año, aleja el morbo del hambre.*

ANTÍSTROFA 2.^a *Pero la negra sangre en la tierra vertida por un asesinato, ¿quién con salmodias recoger consigue? ¿Y no detuvo Zeus, en beneficio nuestro, al que sabía resucitar un muerto?. Si el destino marcado por los dioses no me impidiera gozar de una ventaja, que no debo tener, mi alma, en este instante, incluso anticipándose a mis labios, dejaría brotar sus sentimientos. Pero ahora murmura solamente, dolorida, en la noche, sin esperanza de que pueda brotar útil consejo de este mi corazón enardecido.*

CLITEMNESTRA. *Entra, también, Casandra; y, pues que Zeus, benévolo ha dispuesto que compartas de pie, el agua lustral de esta morada, con los demás esclavos, cabe el ara de Zeus, el protector de las riquezas, desciende de este carro, y no te empeñes en mostrar tu desprecio. También, cuentan, el vástago de Alcmena fue vendido, y tuvo que probar el pan esclavo. Si, pues, el hado el fiel de la balanza inclina hacia este lado, es gran ventaja tener un dueño rico desde siempre. En cambio aquel que ha recogido rica cosecha no esperada siempre es duro y sin moderación con sus esclavos. Ya conoces el trato de esta casa.*

CORIFEIO. *Con palabras muy claras te lo ha dicho. Y, pues te encuentras en la red del hado, si has de asentir, asiente. Pero acaso no quieras asentir.*

CLITEMNESTRA. *Si no es su lengua bárbara e ignota, cual de golondrina, espero persuadirla con palabras que llegarán al fondo de su mente.*

CORIFEO. Síguela, sí. En el caso en que te encuentras, te ha dicho lo mejor. Baja del carro.

CLITEMNESTRA. NO puedo perder tiempo con la extraña. Junto al hogar, en medio del palacio está ya preparado el holocausto. [Nunca pude esperar tanta alegría.] Si al fin has de entender, no te retrases. Si no obedeces porque no me entiendes, no hables, y mueve tu extranjera mano.

CORIFEO. Creo que necesita un buen intérprete. Su aspecto es el de fiera acorralada.

CLITEMNESTRA. Está fuera de sí, sin duda alguna. Solo atiende a su loco desvarío; llega de una ciudad recién tomada y no resiste el freno sin echar sanguinolenta espuma por la boca. Yo no voy a gastar más mis palabras para verme afrentada de este modo.

(Se va CLITEMNESTRA).

CORIFEO. Me inspira compasión, que no despecho.

(A CASANDRA).

Ven aquí, desgraciada, deja el carro cede ante tu destino, acepta el yugo.

ESTROFA 1.^a

CASANDRA. *¡Ay, ay! ¡Dioses! ¡Horror! ¡Apolo, Apolo!*

CORIFEO. ¿Por qué invocas a Apolo en tus lamentos? No es un dios al que placen los gemidos.

ANTÍSTROFA 1.^a

CASANDRA. *¡Ay, ay! ¡Dioses! ¡Horror! ¡Apolo, Apolo!*

CORIFEO. De nuevo, contra el rito has invocado al dios que nunca acude donde hay llantos.

ESTROFA 2.^a

CASANDRA. *¡Apolo! ¡Conductor, destructor mío! ¿A dónde me has llevado? ¿A qué morada?*

CORIFEO. A la de los Atridas. Si lo ignoras te lo diré y podrás ver que no miento.

ANTÍSTROFA 2.^a

CASANDRA. *¡Apolo, conductor, destructor mío! ¡De nuevo me has perdido sin remedio!*

CORIFEO. Auguraré, imagino, su infortunio; Dios persiste en su pecho aunque es esclava.

ESTROFA 3.^a

CASANDRA. *¡Ay, ay! A una casa odiada por los dioses, y cómplice de un crimen fratricida, de cabezas cortadas... A un matadero humano, cuyo suelo de sangre está empapado!*

CORIFEO. ¡Buen olfato posee la extranjera, como una perra! Ya las huellas sigue de una muerte que al fin ya descubrió.

ANTÍSTROFA 3.^a

CASANDRA. *En estos testimonios yo me apoyo: estos niños que lloran su propio asesinato; han asado sus carnes y han sido devorados por sus padres.*

CORIFEO. Conocía tu fama de adivina: pero ahora a un profeta no queremos.

ESTROFA 4.^a

CASANDRA. *¡Dioses! ¿Qué crimen se prepara? ¿Qué es este nuevo daño, horrendo crimen insoportable para los amigos, difícil de evitar, que en el palacio se trama? ¡Mas la ayuda está muy lejos!*

CORIFEO. No entiendo tus augurios, pero el resto lo sé: la ciudad toda lo pregona.

ANTÍSTROFA 4.^a

CASANDRA. *¿En verdad vas a hacerlo, desgraciada? ¿A tu propio marido, al que comparte contigo el lecho, lavas en el baño, para después... ¿cómo diré el final?... Al punto va a ocurrir: que ella ya avanza a su encuentro, los brazos extendidos.*

CORIFEO. Nada comprendo aún. Tras este enigma, no sé qué hacer ante este oscuro oráculo.

ESTROFA 5.^a

CASANDRA. *¡Ay, ay, horror!, ¿qué es lo que veo? ¿No es una red del Hades? ¡Y la trampa es la esposa! La discordia implacable de esta casa lance el grito ritual por este sacrificio tan infame.*

CORIFEO. ¿Qué Erinia vengadora tú me invitas a evocar? ¡Tus voces no me aclaran! Gotas de bilis fluyen en mi pecho como a aquel que sucumbe ante la pica cuando el rayo postrer de una existencia se agosta y sobreviene el desenlace.

ANTÍSTROFA 5.^a

CASANDRA. *¡Ay! ¡Mira! ¡Aparta el toro de la vaca! Lo ha envuelto entre los pliegues de su manto, lo abate con su negra cornamenta, y cae en la bañera. La tragedia de bañera sangrienta te relato.*

CORIFEO. De entender vaticinios no presumo; mas sus palabras me sugieren males. ¿Resultó nunca un bien para los hombres un vaticinio? Las parleras artes condujeron al hombre, en su desgracia, hacia el temor que inspiran los oráculos.

ESTROFA 6.^a

CASANDRA. *¡Ay mísera de mí! ¡Destino infausto, el mío, sí! Proclamo mi tragedia. ¿Para qué a este palacio, triste de mí, me has conducido? ¿A qué sino a mi*

propia muerte?

(A partir de aquí el canto lírico lo interpretan a dúo CASANDRA y el CORO).

CORO. Divino frenesí te ha enajenado y entonas un lamento por tu suerte, cual pardo ruiseñor insaciable de llanto que, en su mísero pecho, «Itis, Itis», grita, mientras lamenta una existencia pródiga en desgracias.

ANTÍSTROFA 6.^a

CASANDRA. ¡Hado feliz del ruiseñor canoro! Cuerpo alado los dioses le otorgaron y una dulce existencia, exenta de lamentos; a mí, en cambio un cuchillo me aguarda de dos filos que segará mi cuerpo.

CORO. ¿Quién te ha inspirado esas angustias vanas, ese furor divino? ¿Por qué entonas con tu lúgubre voz tales horrores en estridentes notas? ¿Quién te dictó los tétricos mojones que señalan la ruta de tu canto profético?

ESTROFA 7.^a

CASANDRA. ¡Ay bodas, sí, bodas de Paris, ruina de los suyos! ¡Aguas del Escamandro que abrevas a mi patria! En tiempos, infeliz, crecí cabe su orilla, mas pronto voy a hacer mis vaticinios junto al Cocito, y cabe las corrientes de Aqueronte.

CORO. ¡Qué palabras tan claras pronunciaste! Incluso un niño podría comprenderlas. Cual por una asesina mordedura, me siento herido ante tu infausta suerte cuando pregonas tu doliente sino que lacera mi pecho al escucharlo.

ANTÍSTROFA 7.^a

CASANDRA. ¡Patria infeliz, perdida sin remedio! ¡Paternos sacrificios para salvar las torres, pródigos en ofrendas de las majadas nuestras! Pero nada ha impedido que la ciudad sufriera su infausta suerte y yo misma, pronto, habré de derramar ardientes lágrimas.

CORO. Esto es igual de claro que lo que antes dijiste: un demon de maldad, harto pesado, de ti se ha apoderado y te induce a entonar esas voces lamentables, de muerte portadoras. Y al final yo no acierto a descifrarlas.

CASANDRA. (Que se ha recobrado un tanto y es dueña de sí). Mi profética voz, cual una novia, no mirará ya más entre sus velos. Soplando claramente, me parece, saltará hacia levante una desgracia aún más horrible que la que pregono, cual ola inmensa y cubrirá la orilla. ¡Ya no os informaré a través de enigmas! Vosotros sois testigos: seguí el rastro sin perderme, de crímenes antiguos: a este palacio no abandona nunca un coro con sus cantos monocordes, y lúgubre es su acento. No es la dicha lo que proclama. Y hablaré más claro: una ronda de Erinias de la raza —difícil de expulsar— vive en la casa, y que bebió, para aumentar sus fuerzas incluso sangre humana. Y, aferrados, de esta casa en los muros van cantando el himno de aquel

crimen primigenio para luego escupir la repugnancia de su lecho fraterno, tan terrible terrible para aquel que lo ha pisado. ¿He fallado o he dado en la diana, cual un hábil arquero? ¿O es que yo acaso soy una profetisa de mentiras que va de puerta en puerta con su cháchara? ¡Depon, por tanto, ya tu testimonio! Pero antes júrame, con tu palabra que ignoras los pecados de esta casa.

CORIFEO. Y ¿un grave juramento afirmativo puede ser el remedio? Y sin embargo me sorprende que tú, que allende el mar creciste, y que hablas otra lengua, puedas describir, y tan bien, lo que no has visto.

CASANDRA. Apolo, el dios profético, incitóme.

CORIFEO. ¿Es que, aun siendo él un dios, te deseaba?

CASANDRA. Antes no osaba pregonar mis cuitas.

CORIFEO. En la prosperidad se es engreído.

CASANDRA. Por mí luchaba, sí, lleno de encanto.

CORIFEO. Y, ¿tuvisteis un hijo, como es norma?

CASANDRA. Prometida a este dios, rompí mis votos.

CORIFEO. ¿Ya poseías tus divinas artes?

CASANDRA. Ya cantaba a mis pueblos sus pesares.

CORIFEO. ¿Y lograste escapar a su despecho?

CASANDRA. Tras mi pecado no convenzo a nadie.

CORIFEO. Yo, al menos, creo en tus vaticinios.

CASANDRA. (*Nuevamente en trance*). ¡Ay de mí! ¡Oh desventura! Nuevamente terrible, el mántico aguijón me azuza con siniestros preludios perturbándome. ¿No veis a aquellos jóvenes sentados ante el palacio cual visión de sueños? Son como niños muertos a las manos de los seres queridos; con sus palmas llenas de carne que es su propia carne, se ve cómo sostienen intestinos y entrañas ¡ay! —¡oh fardo lamentable!— que llegará a probar su propio padre. De todo alguien medita la venganza: es un león, oh sí, un león que anda suelto por el palacio y se revuelca en su lecho, esperando la llegada del señor que regresa, de mi dueño, pues que he de soportar el yugo esclavo. Y el jefe de las naves, el que, un día, Troya arrasara, ignora las maldades que ha tramado esa lengua tan odiosa de perra que hace un rato le lamía y le irguió, afectuosa, las orejas. A tal se atreve: la hembra es la asesina del macho. Es... ¿qué monstruo repugnante para acertar podría yo llamarla? Una Escila que mora en los escollos, —perdición de marinos—, una madre infernal, y rabiosa que respira un odio sin cuartel contra su estirpe. ¡Qué grito de triunfo y de victoria —como tras la victoria en el combate— ha proferido esa mujer audaz sobre toda medida! Que se alegra, da la impresión, del próspero regreso. Me es igual que no logre persuadirte. El futuro vendrá; pronto tú mismo, lleno de compasión, has de llamarme profetisa verídica en exceso.

CORIFEO. El banquete de Tiestes, celebrado con carne de sus hijos, reconozco, y

lloeno estoy de angustia. Me horrorizo al oír la verdad, no simple imagen. En cuanto a lo demás, sí que lo he oído, mas fuera de la pista estoy corriendo.

CASANDRA. Verás la muerte del Atrida, digo.

CORIFEO. ¡Calla, infeliz! No digas más blasfemias.

CASANDRA. De lo que digo no hay remedio alguno.

CORIFEO. Muy cierto, si ello ocurre. ¡Así no ocurra!

CASANDRA. TÚ ruegas mientras ellos se preparan.

CORIFEO. ¿Qué mano de varón prepara el crimen?

CASANDRA. Has bien perdido el rastro de mi oráculo.

CORIFEO. NO entiendo con qué medios pueda hacerlo.

CASANDRA. ¡Pues harto hablo yo bien la lengua griega!

CORIFEO. ¡Delfos también, y no es inteligible!

CASANDRA. ¡Ay, ay! ¡Qué fuerza ardiente! Ya se cierne de nuevo sobre mí. ¡Oh Apolo Licio! ¡Ay, ay de mí! La leona de dos patas, que comparte su lecho con el lobo, cuando el noble león ha abandonado su guarida, se apresta a darme muerte, pobre de mí. Como si preparara una ponzoña, mezclará mi paga en este bebedizo. Y mientras contra su esposo va afilando su machete, que va a hacerle pagar, promete, altiva, el haberme traído, con su muerte. ¿Para qué conservar, pues, estas prendas, escarnio de mi misma: el cetro y las ínfulas de profeta en torno al cuello? ¡Antes de que se cumpla mi destino, os voy a destruir!

(Rompe el cetro que lleva con ella).

¡Muy bien, pues! ¡Fuera! En viéndote caer, pago mi deuda. A otra en mi lugar colmad de males. Y ahora, ved, el propio Apolo el manto de profeta me quita. Y renegando de mí, consiente incluso que devenga con estos ornamentos el ludibrio de amigos y enemigos. Vagabunda, pobre hechicera y medio muerta de hambre, he de aguantar el verme así insultada. Y el dios que profetisa me hizo un día, me ha traído a morir. En vez del ara que tenía en mi patria, ahora me espera de mortal tajo verme herida, al lado de víctima que aún está caliente. Y con todo, no han de dejarme impune los dioses: vendrá otro, sí, un tercero, un vengador, asesino, retoño de su madre, y que pedirá las cuentas por la muerte del padre. Él, desterrado, vagante y fugitivo de esta tierra, un día ha de volver a dar remate a esta infamia que alcanza a un ser querido. Los dioses con solemne juramento traerlo prometieron a vengarse por el abatimiento de su padre. ¿A qué, pues, lamentarme, compasiva? Si vi a Troya sufrir lo que ha sufrido, y a mi conquistador así cayendo, por decreto divino; ¡ea!, en la casa voy a entrar a enfrentarme con la muerte. En estas puertas yo saludo al Hades. Certero golpe pido solamente y así cerrar los ojos sin espasmos entre chorros de sangre que la muerte me traigan compasiva y dulcemente.

CORIFEO. ¡Oh mujer desdichada en demasía, en demasía sabia! Mucho hablaste. Pero si sabes cuál es tu destino ¿por qué tan decidida vas al ara cual res que han consagrado al sacrificio?

CASANDRA. No existe escapatoria, forasteros.

CORIFEO. Mas el postrer instante es muy valioso.

CASANDRA. El día ya llegó. No valen fugas.

CORIFEO. Debes tu gallardía a un pecho osado.

CASANDRA. Ningún hombre feliz oye estas loas.

CORIFEO. Heroica muerte es dulce para el hombre.

CASANDRA. (*Dirigiéndose a las puertas del palacio*). ¡Ay de ti, padre, ay de tus nobles hijos!

CORIFEO. ¿Qué ocurre que temblando retrocedes?

CASANDRA. (*Retrocediendo*). ¡Ay, ay!

CORIFEO. ¿Retrocedes? El miedo es de tu mente.

CASANDRA. La casa hiede a muerte, hiede a sangre.

CORIFEO. ES el aroma de los sacrificios.

CASANDRA. ES un hedor igual al de un sepulcro.

CORIFEO. (*Con ironía*). No es aroma de Siria la que dices.

CASANDRA. Entro, pues, en palacio, por mí misma y por Agamenón llorando el hado. Basta ya de la vida. ¡Ay, extranjeros! Yo no gimo de miedo, simplemente, cual ave en un arbusto. Cuando muera, sed testigos por mí de estos sucesos el día en que, por mí, mujer, perezca otra mujer, y sea abatido un hombre que tuvo infausta esposa. Esa es la prenda de hospedaje que, como un moribundo, hoy os suplico.

CORIFEO. ¡Oh cuánta compasión siento, infeliz, por tu fatal destino!

CASANDRA. Quiero aún decir unas palabras; no entonar un lamento por mi vida: al Sol suplico, en esta luz postrera, que el vengador, al tiempo, también vengue mi muerte, sí, la muerte de esta esclava, de esta mujer que fue tan fácil presa.

(*Entra en palacio*).

CORIFEO. ¡Ay la fortuna humana! Si es dichosa, una sombra semeja, y si es infausta húmeda esponja todo el cuadro borra; y es esto más que aquello lo que siento.

CORO. ES la prosperidad, para los hombres, insaciable pasión: nadie renuncia a ella. Nadie le dice con la mano alzada: «La entrada te prohibo». A este varón los dioses concedieron vencer a Troya, y, llega ahora a la patria por los dioses honrado. Mas si hoy ha de pagar la sangre que vertiera en el pasado, y con su muerte, por culpa de otra muerte, ha de causar más muertes, ¿quién, quién, al escuchar esto, osaría decir que vino al mundo exento de desgracias?

AGAMENÓN. *(Desde el interior del palacio)*. ¡Ay de mí! ¡Me han herido de muerte en las entrañas!

CORIFEO. ¡Calla! ¿Quién grita que le hieren mortalmente?

AGAMENÓN. ¡Ay, ay de mí otra vez! ¡Una segunda herida he recibido!

CORIFEO. Se ha perpetrado el crimen, me parece, a juzgar por los gritos del monarca. ¡Ea!, deliberemos bien sobre este hecho.

CORO. *(Se divide en varios grupos)*. Os diré lo que creo necesario: pedir que la ciudad traiga socorros. Yo opino que hay que entrar a toda prisa, y descubrir el crimen cuando aún el puñal mana sangre.

Lo comparto, y voto por la acción, ya no hay tiempo para perderse en dudas.

Está claro. El preludeo es de un golpe para hacerse con el poder.

Es que nos retrasamos; y ellos hollan la gloria de la duda y no permiten que su mano tenga un descanso.

No sé qué sugerir. Mas antes de la acción hay que hacer planes. Yo pienso igual: que a un muerto, con palabras la voz ya no es posible devolverle. Para alargar la vida, ¿cederemos el poder al que ultraja este palacio? ¡Intolerable, sí, antes la muerte! Que es más dulce morir que ser esclavo. Con los gemidos como solo indicio, ¿vamos a presagiar que el rey ha muerto? Es al saber los hechos con certeza, cuando debe estallar la indignación: presumir y saber no son lo mismo. Abundo totalmente en esta idea de descubrir al rey lo que le ocurre.

(El CORO se dispone a entrar en palacio, pero aparece CLITEMNESTRA. Al fondo del palacio se ven los cadáveres de AGAMENÓN y de CASANDRA).

CLITEMNESTRA. *(Que aparece ante la puerta con frialdad y dueña de sí misma)*. Si antes dije palabras que exigía este trance y ahora lo contrario proclamo, no voy a sentir rubor. Pues, ¿cómo en otro caso el que se apresta a descargar su bilis contra aquel que le odia a su vez, fingiendo ser amigo suyo podría una trampa insalvable de muerte levantar? Ha tiempo que tenía preparado este proyecto. Y ya llegó la hora del triunfo final, ¡tras tanto tiempo! Aquí me yergo, do descargué el golpe ante mi víctima; y obré de tal manera, no os lo voy a negar, que no ha podido ni huir ni defenderse. Una red sin salida, cual la trampa para peces, eché en torno a su cuerpo —la pérvida riqueza de un ropaje—. Lo golpeo dos veces, y allí mismo entre un grito y un grito se desploma. Cuando está ya en el suelo, un tercer golpe le doy, ofrenda al Zeus de bajo tierra, protector de los muertos. Ya caído, su espíritu vomita; exhala, entonces, un gran chorro de sangre, y me salpica con negras gotas de sangrante escarcha. Y yo me regocijo cual las mieses ante el agua de Zeus, cuando está grávida la espiga. Y eso es todo. Alegraos por ello, argivos. Si es que os causa

gozo. Yo exulto, y si fuera razonable verter sobre un cadáver libaciones, ahora fuera justo y más que justo. A tal punto, la cratera, de males execrables llenó, y ahora lo paga.

CORIFEO. Tus palabras nos causan gran asombro. ¡Qué osadía en tu lengua! ¡Qué soberbia jactancia ante tu esposo!

CLITEMNESTRA. Me tentáis cual si fuera mujer irreflexiva. Y os digo, sin temor dentro del pecho, —y lo sabéis muy bien—: nada me importa el que aprobéis o condenéis mis actos. Este es Agamenón, cadáver ya, mi esposo, muerto a los golpes de mi mano, digna obra de un experto artista. He dicho.

ESTROFA.

CORO. *(Muy agitado).* ¿Qué mala hierba, mujer, nutrida por la tierra, qué ponzoña sacada del mar bebiste para atreverte a cargar sobre ti este sacrificio despreciando la maldición de un pueblo? Pero serás una mujer sin patria, odio implacable de tu propia tierra.

CLITEMNESTRA. ¿Ahora decretas para mí el destierro y soportar el odio de mis gentes y las imprecaciones de mi pueblo? Pero entonces no hiciste nada en contra de este varón, que, sin darle importancia, como si se tratara del destino de una res, cuando sobran las ovejas en el rebaño, osó sacrificar —el parto más querido de mi vientre— a su hija, para hechizar los vientos de Tracia. ¿No era este a quien debías de esta tierra expulsar, así lavando sus crímenes? Acabas de escucharme, ¡y te eriges ya en juez de mi conducta! Lanza tus amenazas a sabiendas de que estoy igualmente preparada. Y si tú me doblegas con tu brazo, podrás ser mi señor, mas si los dioses deciden lo contrario he de enseñarte a saber, aunque tarde, qué es prudencia.

ANTÍSTROFA.

CORO. *Altanero es tu espíritu, y hablaste palabras insensatas. Con tu crimen, no hay duda, tu mente ha enloquecido. Lo proclaman tus ojos inyectados de sangre. En pago de tu crimen sin amigos y sola tú tendrás que pagar golpe por golpe.*

CLITEMNESTRA. Pues escucha tú ahora la norma de mi propio juramento: por la total justicia de mi hija, por Ate y por Erinia en cuyo honor he cometido el crimen: jamás penetrará en este palacio ni asomo de terror, mientras alumbre Egisto el fuego de mi hogar que es hoy como siempre leal a mi persona. Porque él es para mí un no corto escudo de mi propio valor. Miradle, yace en tierra el que ofendiome, el encanto de todas las Criseidas de la tierra troyana. Con él, ella también, la prisionera, la adivina que, amante real, con él comparte el lecho, y que con él los bancos de una nave, desgastara. La muerte han conocido que merecían. Él así ha caído, y ella, cual cisne, su postrer lamento cantó, para yacer, enamorada, a su lado. ¡Ha sido él, mi esposo, quien aquí la ha traído, a mi banquete, a sazonar con ella las viandas!

CORO.

ESTROFA 1.^a *¿Por qué no caerá sobre nosotros con paso apresurado, y sin*

dolores, sin clavarme en el lecho, un destino fatal que trae sueño eterno, puesto que ha sucumbido nuestro buen protector, que por una mujer tanto ha sufrido? ¡A manos de mujer perdió la vida!

EFIMNIO 1.º *¡Loca Helena! Tú sola, tantas vidas, tantísimas, segaste al pie de Troya. Y ahora te has ceñido la suprema corona, inolvidable: una sangre que no puede lavarse. No hay duda: en aquel tiempo, había en el palacio una Discordia para ser la ruina de un esposo.*

CLITEMNESTRA. No implores, no, la muerte, porque te haya abatido este suceso. No dirijas tu cólera hacia Helena, cual si fuera homicida de guerreros, cual si hubiese segado tantas vidas de griegos, causando una aflicción inextinguible.

CORO.

ANTÍSTROFA 1.^a *¡Oh genio que te abates sobre esta familia, contra las dos Tantálidas que, a través de las hembras un valor tú fomentas que se iguala a su talante —y eso el corazón me rompe. Ahora apostado sobre su cadáver cual un cuerpo enemigo, una canción siniestra te jactas de entonar, según el rito.*

CLITEMNESTRA. Ahora has corregido la ley de tu lenguaje: al invocar el genio que sobre este linaje tres veces se ha cebado. El es quien nos inspira el sangriento deseo que anida en las entrañas: antes ya de que termine el mal antiguo, un nuevo absceso surge.

CORO.

ESTROFA 2.^a *¡Terrible, sí, terrible es, para esta familia, ese genio colérico que invocas! ¡Ay, ay! Lúgubre invocación de azar horrible. ¡Oe, oe! Por voluntad de Zeus, que es de todo la causa, el hacedor de todo, porque, ¿es que acaso hay algo que sin que Zeus lo quiera alcance cumplimiento? ¿Y cuál de estas desgracias no ha sido decretada por los dioses?*

EFIMNIO 2.º *¡Ay, ay, oh rey, oh rey! ¿Cómo voy a llorarte? ¿Qué podría decirte que salga del amor de mis entrañas? Estás aquí tendido, entre las redes de esa telaraña, exhalando tu aliento con una muerte impía, ¡ay, ay de mí!, en este lecho innoble, abatido con toda alevosía por arma de dos filos, blandida por la mano de tu esposa.*

CLITEMNESTRA. Tú afirmas que yo de esto soy la autora: pues no, no pienses ni siquiera que ahora soy de Agamenón la esposa. Porque ha sido el antiguo, el duro genio vengador de Atreo aquel anfitrión de dura entraña, que ha tomado la forma de la esposa del muerto y lo ha inmolado para vengar la muerte de unos niños.

CORO.

ANTÍSTROFA 2.^a *Que tú eres inocente de este crimen ¿quién podrá sostenerlo? ¿Cómo no? Aunque quizás el genio vengador de su padre te ha ayudado. A través de regueros de sangre emparentada, Ares, el tenebroso, se abre paso buscando en su camino el instante propicio para vengar la muerte de unos niños entre coágulos de*

sangre devorados.

EFIMNIO 2.º *¡Ay, ay, oh rey, oh rey! ¿Cómo voy a llorarte? ¿Qué podría decirte que salga del amor de mis entrañas? Estás aquí tendido, entre las redes de esa telaraña exhalando tu aliento con una muerte impía, ¡ay, ay de mí!, en este lecho innoble, abatido con toda alevosía por arma de dos filos blandida por la mano de tu esposa.*

CLITEMNESTRA. No creo que tuviera innoble muerte. ¿No fue él, acaso, quien trajo la desgracia a mi familia? Por el dolor que causó injustamente al ser que de él brotara, la llorada mil veces Ifigenia, ¡que sufra justamente! Que en Hades no presuma con exceso con su muerte: por obra de una espada ha pagado sus actos.

CORO.

ESTROFA 3.ª *Privado de consejo, no sabría adonde he de volverme, ahora que esta casa se derrumba. Ante el fragor sangriento de esta tromba que hace temblar la casa, me horrorizo. ¡Y el huracán arrecia! Y el destino fatal justicia afila en otras piedras preparando otro estrago.*

EFIMNIO 3.º *¡Ay, tierra, tierra! ¡Si en tu seno me hubieras acogido antes de ver tendido a este guerrero en lecho angosto y en argénteo baño! ¿Quién lo sepultará? ¿Quién va a ofrecerle su turno funerario? ¿Es que tendrás la audacia de llorar a tu esposo después de asesinarlo? ¿De ofrecer a su alma inicua, en premio a sus hazañas, un homenaje impío? Y, ¿quién ante su tumba lágrimas vertirá en honor de este héroe recitando su elogio con corazón sincero?*

CLITEMNESTRA. TÚ no eres el que debe preocuparse. Que si bajo mis golpes cayó muerto, he de enterrarlo yo con esas mismas manos, sin que nadie le llore en esta casa.

(Con sarcasmo).

Ifigenia, tan solo su hija, como ha de ser, en el rauda pasaje de las penas dará la bienvenida, eternamente, a su padre y abrazando su cuello con sus brazos y un beso le dará.

CORO.

ANTÍSTROFA 3.ª *¡Ultraje por ultraje! ¡Difícil de juzgar es este trance! Expolio contra expolio: quien ha matado paga. Mientras Zeus se mantenga firme sobre su trono, será firme también este precepto: «El culpable, a pagar». Tal es la ley sagrada. ¿Quién va a poder, al fin, de este palacio expulsar este genio execrable? ¡La ruina está aferrada a este linaje!*

CLITEMNESTRA. Recalaste, y con toda verdad, en este oráculo. Pues bien, estoy dispuesta a rubricar con el genio de la raza de los Plisténidas, yo, sagrado pacto, aceptando estos hechos, por más duros que sean. Pero que él abandone, desde ahora,

esta casa y se vaya, se vaya a destruir otras familias con golpes parricidas. Que yo tengo bastante con gozar de una parte pequeña de mis bienes si consigo arrancar de este palacio este furor de muerte sobre muerte.

(Llega EGISTO con un guardia personal).

EGISTO. ¡Oh dulce luz de un día justiciero! Ya puedo proclamar que desde arriba miran los dioses la desgracia humana, y que son vengadores de lo injusto, al ver —¡y con qué gozo!— a este varón aquí tendido, envuelto en el ropaje de la Erinia, así pagando el crimen que cometió la mano de su padre. Su padre Atreo, señor de esta tierra, —para contar la historia en sus detalles— expulsó del país y de su casa a Tiestes, su hermano, disputando por el trono. Y un día el propio Tiestes regresó, suplicante, a su morada, y consiguió tan solo con su muerte no empapar con su sangre el suelo patrio. Pero entonces Atreo, padre impío de este, fingiendo celebrar con gozo un día consagrado al sacrificio, le ofrece, como prenda de hospedaje, ágape con la carne de sus hijos: los pies trinchó y los dedos de la mano por encima... cada cual en su asiento, irreconocibles. En su ignorancia, tomó un trozo probando los manjares que, como ves, funestos a esta casa fueron. Después, al descubrir aquella horrenda acción, lanza un gemido y cae al suelo vomitando aquel carnaje, contra toda de Pélope la raza imprecando un destino de horrores, derribando de un puntapié la mesa para fortalecer su maldición: «Perezca de este modo la familia de Plístenes entera». Esta es la causa por la que puedes verle aquí tendido. Y yo debería ser, muy justamente, el llamado a tramar esta matanza: era el hijo tercero de mi padre, y con él me enviaron al destierro cuando era solo un niño de pañales. Pero crecí y me traje nuevamente la justicia; y sin pisar la casa he podido alcanzarle con mis golpes, toda la trama urdiendo de su muerte. Y ahora hasta la muerte será dulce al verle entre las redes de Justicia.

CORIFEO. Yo no apruebo en el crimen la insolencia, Egisto. ¿Afirmas que le has dado muerte deliberadamente, y que tú solo maquinaste este crimen lamentable? Pues yo te digo —y toma nota de esto— que, al llegar la justicia, tu cabeza la maldición no evitará del pueblo, ni sus pedradas.

EGISTO. ¿Y eres tú, el que ocupa el banco inferior de los remeros, quien habla este lenguaje, cuando quien a bordo manda es el que está en el puente? Ya sabrás, aunque viejo, cuánto es duro aprender a tus años, cuando reza prudencia la consigna. Los grilletes y el tormento del hambre, te aseguro, son buenos curanderos de la mente para enseñar incluso al anciano. ¿Lo ves y no lo entiendes? No cocees el agujijón, no sea que lo alcances y te hieras.

CORIFEO. (A CLITEMNESTRA). Mujer, tú, guardián de la casa, ¿has deshonrado a quienes apenas han llegado del combate y el lecho del esposo,

juntamente? ¿Has maquinado tú la muerte de este?

EGISTO. También estas palabras causan llanto. Es tu lengua contraria a la de Orfeo: él todo lo arrastraba en pos de la dulzura de su canto, y tú serás arrastrado: pues tus necios ladridos me irritan ya. Te mostrarás más manso una vez ya te vea sometido.

CORIFEO. ¿TÚ vas a ser el rey de los aqueos? ¿Tú que, tras planear su asesinato, no tuviste valor para la empresa matando con tus manos?

EGISTO. Eso es claro: porque, poner la trampa, era la esposa quien lo debía hacer. Yo desde tiempo, era ya un enemigo sospechoso. Con la ayuda de las riquezas de este intentaré reinar en este estado. Al rebelde impondrele duro yugo —a fe— no como un potro de tirante repleto de cebada, pues el hambre, mala amiga, unida a las tinieblas sumiso lo verá.

CORIFEO. En tu cobardía, ¿por qué no lo abatiste con tus manos sino que fue la esposa, de esta tierra y de los dioses maldición, quien muerte le dio? ¿No ve la luz del sol Orestes, y, por querer del hado, no podría regresar a esta tierra, para erguirse en triunfal matador de uno y otro?

EGISTO. Pues que tú te dispones de esta guisa a actuar y a expresarte, vas a ver muy pronto. ¡Hola! ¡Mi guardia! ¡Armas en mano!

CORIFEO. ¡Todos en guardia, requerid la espada!

EGISTO. Tampoco yo a mi vez, espada en mano, rehusaré la muerte.

CORIFEO. Pues de muerte hablas, el augurio acepto. Tentemos la fortuna.

CLITEMNESTRA. (*Interponiéndose*). Oh, no, no, no provoques, ¡oh para mí es el más caro de los hombres! otras desgracias. Ya es dura la cosecha esta que, en abundancia, hemos segado. ¡Basta ya de dolores; no más sangre! Y vosotros, ancianos venerables, entrad en nuestras casas y ceded a la fortuna, antes de que sufráis un daño irreparable. Basta todo tal como le hemos dado cumplimiento. Si con esta desgracia es suficiente, la aceptamos, heridos con crueldad por la pesada garra de este genio. Que es así como una mujer opina, si quiere alguien saberlo.

(*Se va llevando a EGISTO hacia palacio*).

EGISTO. Pero ¿qué? ¿Que contra mí esa chusma su lenguaje azuze incontinente, y que me lance al rostro esos insultos, la fortuna tentando, mientras niegan que el que vence pueda mostrar un sentimiento humano!

CORIFEO. Adular a un malvado no es de argivos.

EGISTO. ¡Vendré a buscarte en días venideros!

CORIFEO. No, si un dios trae a Orestes a esta tierra.

EGISTO. El desterrado de esperanzas vive.

CORIFEO. ¡Adelante! Así, mancha a la Justicia.

EGISTO. Te voy a castigar por tu locura.

CORIFEO. Presume sin temor, cual hace el gallo delante las gallinas.

CLITEMNESTRA. No te importen esos ladridos, no, que tú y yo, dueños de esta casa, buen orden le impondremos.

Las coéforas

PERSONAJES DEL DRAMA

ORESTES, *hermano de ELECTRA*

PÍLADES, *amigo de ORESTES*

CORO DE ESCLAVAS TROYANAS

ELECTRA, *hermana de ORESTES*

CRIADO

CLITEMNESTRA, *madre de ELECTRA y ORESTES*

NODRIZA

EGISTO, *amante de Clitemnestra*

(Salen a escena ORESTES y PÍLADES. El primero se acerca a la tumba de AGAMENÓN y reza).

ORESTES. ¡Oh Hermes subterráneo, considera todo el poder que tenía mi padre, y sé mi salvador, sé mi aliado! Yo te lo imploro, pues llego a esta tierra, regreso de mi exilio. De pie junto a esta tumba, yo a mi padre suplico que me atienda, que me escuche. A Ínaco este bucle, por haberme criado, yo le ofrendo, y este otro como ofrenda de duelo, pues no estuve a tu lado, para llorarte, padre, en tu muerte ni levanté los brazos al enterrar tus despojos mortales.

(Se corta un bucle y lo deposita ante la tumba).

Pero, ¿qué es lo que estoy viendo? ¿Qué significa este grupo de mujeres, que, cubiertas con sus enlutados velos se dirigen a este punto? ¿A qué habré de referirlo? ¿Quizá una nueva desgracia le ha ocurrido a este palacio? ¿O acertaré si imagino que libaciones que calman a los muertos, se encaminan para ofrendar a mi padre? Sin duda, no es otra cosa: me parece que es mi hermana ELECTRA la que hacia aquí con ellas acude. Me lo confirma el dolorido aspecto que ellas presentan. ¡Oh Zeus, que pueda vengar yo la muerte de mi padre! Dígnate tú ser mi aliado. Pílares, ya de su vista alejémonos, que pueda conocer bien claramente qué lo que esta procesión de mujeres significa.

(Entra el CORO. Entre tanto los dos se ocultan en unos matorrales).

CORO.

ESTROFA 1.^a *De palacio he salido enviada a acompañar la ofrenda a un muerto,*

golpeando mis palmas vivamente. Roja está mi mejilla por los cortes por el surco reciente que han abierto mis uñas. Que durante mi vida, mi corazón de penas se ha nutrido. Los desgarros que destruyen la tela de mi ropa de dolor han gritado en los velos que mi pecho cubren herido por desgracias que rechazan la risa.

ANTÍSTROFA 1.^a Con un claro lenguaje que eriza los cabellos el profeta de sueños que vive en el palacio respirando venganza desde el fondo del sueño, ha lanzado desde lo más profundo del palacio, en plena noche, un grito de terror, pesadamente cayendo en las estancias do viven las mujeres. Y los intérpretes que inspirados por dios explican estos sueños, proclamaron que los que bajo tierra viven están llenos de cólera, y airados contra sus asesinos.

ESTROFA 2.^a Y entonces, llena de ardor, me envía a ofrecer esta gracia que no es gracia, —¡Tierra Madre!— un remedio para alejar los males, esta impía mujer. Y me horroriza decir estas palabras. Pues, ¿qué remedio existe para una sangre que ha sido ya vertida? ¡Ay, hogar desgraciado, familia arruinada! Sin sol, aborrecidas de los hombres, las tinieblas envuelven esta casa, por el asesinato de su dueño.

ANTÍSTROFA 2.^a La majestad de un día invencible, indomable e inatacable, que inundaba el oído y el corazón del pueblo, hoy ya no existe, y todos sienten miedo. Triunfar, para el hombre, es como un dios, y algo mayor aún. Pero la inclinación de la justicia a unos oscurece, veloz, en pleno día; a otros los aguarda el dolor en el crepúsculo, y a otros, en fin, los retiene una noche sin efecto

ESTROFA 3.^a Por las gotas de sangre bebidas por la tierra nodriza vengativo coágulo de sangre se forma que no vuelve ya a fluir. Una acerba ruina deja pasar el tiempo y el culpable da una buena cosecha de males que lo invaden todo.

ANTÍSTROFA 3.^a Para el que ha profanado un lecho virginal ya no hay remedio, y aunque muchos torrentes se juntaran en uno solo, en vano lavarían la sangre criminal.

EPODO. Y puesto que los dioses la desgracia enviaron a mi patria, y de mi hogar paterno hacia un destino esclavo me llevaron, la fortuna me obliga a aceptar desde que era una niña contra mi voluntad lo justo y lo no justo, reprimiendo en mi pecho el odio amargo. Y, oculta entre mis velos, lamento las terribles desgracias de mi dueño, con el alma helada por ocultos dolores.

ELECTRA. Esclavas, fieles sirvientas de mi casa; puesto que me acompañáis en la ofrenda dadme ya vuestro consejo. ¿Qué es lo que debo decir en tanto yo vierto estas funerarias libaciones? Y, ¿cómo podré yo hablar un piadoso lenguaje? ¿Cómo podré dirigir las plegarias a mi padre? ¿Acaso diré que vengo a ofrecerlas al esposo en el nombre de su esposa, lo que es decir de mi madre? Yo no me atrevo a decirlo y no sé cómo rezar mientras estas libaciones a la tumba de mi padre voy vertiendo. ¿O bien pronuncio las palabras de costumbre en el mundo, en tales casos: «que responda con venturas a quien le manda esas flores»? ¿O bien en silencio, forma insultante —

cual murió mi pobre padre—, una vez ya la libación vertida que ha de beber esta tierra, me retiro, como quien tira los restos impuros de una ofrenda, y echo lejos de mí, sin volver el rostro este cofre? Aconsejadme en mi decisión, amigas; que, al fin y al cabo, en la casa un mismo odio compartimos. Y no me ocultéis por miedo hacia nadie lo que oculta vuestro corazón, que el hado aguarda igual al que es libre y al que a otro está sometido. Habla, pues, si es que tú puedes decir algo más sensato.

CORIFEIO. Pues que respeto cual un altar la tumba de tu padre, deseo revelarte lo que me pides, lo que oculta el pecho.

ELECTRA. Habla ya, pues que respetas de mi buen padre la tumba.

CORIFEIO. En tanto vas vertiendo libaciones, ve rezando palabras piadosas en favor de los que le han sido fieles.

ELECTRA. ¿Y a quién de entre mis amigos puedo invocar de este modo?

CORIFEIO. Ante todo, a ti misma, y a los que sienten un odio intenso contra Egisto.

ELECTRA. ¿Entonces serán por ti y por mí misma esos rezos?

CORIFEIO. Considera tú misma mis palabras y respóndeme luego.

ELECTRA. ¿Y a quién más añadir a este partido?

CORIFEIO. Recuerda a ORESTES, aunque muy lejos.

ELECTRA. Es bueno, sí, tu consejo.

CORIFEIO. Recuerda a los culpables de su muerte.

ELECTRA. ¿Y luego qué he de decir? Ilustra bien mi ignorancia.

CORIFEIO. Que un hombre o un dios contra ellos aparezca...

ELECTRA. ¿Es decir, que llegue un juez, o que llegue un vengador?

CORIFEIO. No; di solo «que dé muerte por muerte».

ELECTRA. ¿Y que pida esto a los dioses lo crees tú muy piadoso?

CORIFEIO. Y, ¿cómo no va a ser santo y piadoso devolver mal por mal al enemigo?

ELECTRA. (*Mientras vierte la libación*). Oh tú, heraldo supremo de quien vive en tierra y bajo tierra, oh Hermes Ctonio, socórreme, pidiendo a las deidades del subsuelo que escuchen mis plegarias, y a la Tierra que da vida a los seres y una vez les ha dado su alimento en su seno, de nuevo, los acoge. Y yo entre tanto, mientras voy vertiendo agua lustral en honor de los muertos invocando a mi padre, así le digo: «Ten compasión de mí, y de mi querido ORESTES. Haz que brille en esta casa la luz de nuevo. Pues cual vagabundos caminamos, vendidos por aquella mujer que un día nos pariera, y que en tu lugar tomara por esposo a Egisto, de tu muerte un día cómplice. Yo misma soy tratada como esclava. ORESTES vive desterrado, lejos de su heredad, cuando ellos con el fausto, que tú con tus fatigas conseguiste, gozan ahora. Yo también te pido —y préstame atención, padre querido— que vuelva ORESTES por un don del hado. En cuanto a mí, más casta que mi madre concédeme que sea, y

una mano más piadosa también». He aquí los votos para nosotros; para mi enemigo yo imploro, oh padre, que aparezca un día quien te vengue, y que en justicia mueran tus asesinos. E intercalo en medio contra ellos en mis votos favorables esta maldición: «Para nosotros sé portador de gozo en este mundo con la ayuda del cielo, de la tierra y de justicia, que da la victoria». Mis súplicas son estas; después de ellas yo derramo en tu honor estas ofrendas. Y vosotras, de acuerdo con el rito, con la flor del lamento coronadlas entonando el peán de los difuntos.

CORO. Verted lágrima ardiente y de muerte por nuestro señor muerto, ante este baluarte para el bueno —que es protección, al tiempo abominable y del dolor conjuro—, que se han vertido ya las libaciones. ¡Óyeme, Majestad, Señor, escucha desde tu corazón hundido en la niebla! ¡Ay, ay! Con su potente lanza, ¿qué guerrero vendrá a salvar la casa, manejando el arco escita con la mano, que en la lucha se dobla, y la espada sin puño para la lucha cuerpo a cuerpo?

ELECTRA. Mi padre ya ha recibido las libaciones que absorbe la tierra. Mas compartid ahora nuevas razones.

CORIFEIO. Di, que de miedo el corazón me baila.

ELECTRA. Recién cortado bucle hay en la tumba.

CORIFEIO. ¿De quién? ¿Es de varón o es de doncella?

ELECTRA. Fácil es de juzgar para cualquiera.

CORIFEIO. ¿Puede una anciana, y cómo, tus palabras entender de alguien que es más joven? Dime.

ELECTRA. Yo, y nadie más, puede haberlo ofrecido.

CORIFEIO. Sí, pues un enemigo es quien debiera expresar su dolor con ese bucle.

ELECTRA. Con todo, si lo miras, cuán igual...

CORIFEIO. ¿A qué cabello? Esto saber quisiera.

ELECTRA. ... a los míos. La cosa es evidente.

CORIFEIO. ¿Lo habrá enviado ORESTES en secreto?

ELECTRA. ¡Sí! ¡Cuánto se parece a sus cabellos!

CORIFEIO. ¡Llegar aquí! ¿Cómo pudo atreverse?

ELECTRA. Este bucle cortóse y lo ha enviado en mortuoria ofrenda a nuestro padre.

CORIFEIO. Pues no me causa a mí menor tristeza todo lo que me dices, si esta tierra no ha de pisar de nuevo con sus plantas.

ELECTRA. También a mí una marea de bilis el corazón me ha inundado, y como herida por un afilado dardo aquí en el pecho me siento. Incontenibles y ardientes de mis ojos brotan gotas de inundación tempestuosa al contemplar este bucle. Pues, ¿cómo esperar que sea de un ciudadano ese bucle? Pero tampoco ha podido ser mi madre, la asesina, cortárselo, pues su nombre desmienten los sentimientos que ha mostrado con sus hijos. Y afirmar sin más ambages que es una ofrenda de ORESTES,

el ser que me es más querido... Mas me halaga la esperanza. ¡Ojalá tuviera lengua, una lengua inteligible cual es la de un mensajero y así no me sentiría entre dos afirmaciones conmovida! ¡Si dijera claramente o bien que debo rechazar esas ofrendas, si proceden de verdad de una persona enemiga, o bien que muy ciertamente es de mi hermano, y que debo asociarla a mis sollozos como un don y un homenaje a la tumba de mi padre! Invoco a los dioses, ellos que saben muy bien por qué tormenta, cual marineros, somos ahora arrastrados. Porque si hay que alcanzar al final la salvación, de una pequeña semilla gran tronco puede brotar.

(Siente otro sobresalto).

Pero aquí hay otro indicio: huellas de unos pies iguales comparables a las mías. Son huellas de dos pisadas: las tuyas y las de quien hace camino a su lado. Si se miden, los talones y las líneas de sus plantas, coinciden exactamente con las mías. ¡Oh qué angustia dolorosa! Mi razón siento que se me extravía.

ORESTES. *(Saliendo de su escondite)*. Ruega a los dioses, pues, que en el futuro tus deseos se cumplan como en este momento para ti se están cumpliendo.

ELECTRA. ¿Qué bien he recibido de los dioses?

ORESTES. Estás ante el objeto de tus ansias,

ELECTRA. ¿Sabes acaso a qué mortal llamaba?

ORESTES. Suspirabas con ansia por ORESTES.

ELECTRA. ¿Es que están satisfechas mis plegarias?

ORESTES. Soy yo, no busques más a un ser querido.

ELECTRA. ¿Me preparas una trampa, oh extranjero?

ORESTES. Me engañara a mí mismo si así fuera,

ELECTRA. TÚ te ríes de mí y de mis desgracias.

ORESTES. También de mí, si yo de ti me burlo.

ELECTRA. ¿ORESTES eres, y así he de llamarte?

ORESTES. Me estás viendo en persona y no lo crees. Y con ver un mechón de mi cabello —ofrenda funeraria— y ver las huellas de mis pies, antes, tú te entusiasmaste y creíste encontrarte a mi presencia. Mira del pelo de tu hermano el bucle, ponlo en la zona de que fue cortado e igual al tuyo lo verás. Contempla esta prenda que es obra de tu mano, esta escena de caza y las señales que dejó el bastidor.

(ELECTRA se le echa al cuello).

Pero domínate; que el gozo no extravíe tus sentidos: Sé que el ser más querido es mi enemigo.

ELECTRA. ¡Oh el más dulce cuidado de la casa paterna! ¡Oh mi llorada

esperanza!, ¡semilla salvadora! En tu valor confía y recupera de tu padre el palacio. ¡Oh dulce rostro que es para mí, al tiempo, cuatro cosas! Que es fuerza que te invoque como a padre, que en ti fije el afecto de una madre, —que nos es, con razón, tan odiosa— y el de la hermana, cruelmente inmolada. Y eres mi hermano fiel, que aquí ha llegado y mi propio respeto trae consigo. Ahora, que la fuerza, y el derecho, y Zeus omnipotente nos ayuden.

ORESTES. ¡Oh Zeus, oh Zeus, contempla este espectáculo! Dirige tu mirada hacia estas crías de un águila, de un padre que murió en los lazos y espiras de una víbora. Sin amparo, el hambre las oprime con su ayuno, pues aún no tienen fuerzas para llevar al nido lo que el padre les cazaba. Pues bien, de igual manera puedes vernos a mí y a esta —a ELECTRA— sufriendo el mismo exilio de su casa. Si las crías de un padre tú destruyes que tantos sacrificios te ofrecía, y que tanto te honraba, ¿dulce ofrenda de mano igual podrás tener, acaso? Y si el tronco real llega a pudrirse ya no podrá servir en tus altares en los días fijados para el culto. Protégelos, y levanta a esta casa que parece caída enteramente.

CORIFEO. ¡Hijos, oh salvadores del hogar paterno! Callad ya, no vaya a oíros alguien, mis hijos, y por darle gusto a su lengua no lo descubra todo a los que mandan. ¡Si pudiera verlos muertos un día, envueltos en el chorro resinoso de la llama!

ORESTES. ¡Oh, no!, no va a traicionarme el poderoso Loxias, que me ordenó que este peligro afrontara, urgiéndome con voz imperiosa y desgracias anunciando —y que helaron mi ardiente corazón—, si no persigo yo a los responsables de la muerte de padre, de igual modo —así me lo decía— dando muerte por muerte, colérico como un toro por ese mal que no sana el dinero. Y si no, proclamaba que yo mismo, y con mi propia vida, pagaría entre terribles, múltiples fatigas. Y mostrando a los hombres, de la tierra las furias vengativas, me iba hablando, en su amenaza, de dolencias que a la carne se agarran, y de lepras que con fuertes mandíbulas devoran el cuerpo, y de las canas que por culpa de ese mal aparecen. Y aún otros ataques de las Furias, provocados por la sangre de un padre, proclamaba, mientras brillaban en la noche sus ojos y colérico las cejas iba moviendo; que el dardo invisible de los poderes de la tierra (cuando claman venganza, de la misma estirpe las inocentes víctimas) locura y vano horror surgido de la noche persigue, ataca, expulsa de la patria con broncíneo aguijón que el cuerpo ultraja. Que un hombre tal no puede tener parte en la cratera, ni de los amigos unirse a libación; y la invisible ira del padre impide que se acerque a los altares; nadie le da asilo, nadie con él se aloja; sin derecho alguno, sin amigos, muere al cabo de un tiempo, cruelmente reseca por una enfermedad que lo consume. ¿No debo prestar fe a estos oráculos? Y aunque yo no lo hiciera, ha de cumplirse esta acción: pues confluyen en el mismo punto unos estímulos diversos: las palabras del dios, y por mi padre este dolor inmenso, y la indigencia, y mi deseo de

que unos ilustres ciudadanos, de Troya destructores, con su gloria, no sean los esclavos de dos simples mujeres; pues su espíritu es de mujer, y, si lo ignora, pronto va a saberlo muy bien, te lo aseguro.

CORO. ¡Oh poderosas Moiras, que por gracia de Zeus puedan cumplirse estas empresas conforme a la balanza de Justicia! «A cambio de palabras enemigas, que palabra enemiga se tribute». Exigiendo su deuda, tal es lo que pregona la Justicia: «Por un golpe de muerte, golpe también de muerte; contra acto criminal, el escarmiento». Tal proclama un refrán tres veces viejo.

ESTROFA 1.^a

ORESTES. *¡Padre, padre infeliz!, ¿con qué plegaria, con qué rito podría, desde lejos, parejo con el viento, llegar donde tu lecho te retiene? La luz contrapartida es de la sombra. Pero es un homenaje, también, a los Atridas, el lamento a las puertas del palacio.*

ESTROFA 2.^a

CORO. *Hijo mío, el espíritu del muerto no lo abate la enérgica mandíbula del fuego: pues su furia muestra fuego. La víctima es llorada, el vengador asoma, y el grito de «¡Justicia!», que claman padre y madre, acosa, por doquier, irresistible.*

ANTÍSTROFA 1.^a

ELECTRA. *Escucha, padre mío, el turno de mi llanto lacrimoso; llora por ti el lamento fúnebre de tus hijos; cual suplicantes, tu tumba nos acoge; también cual desterrados; ¿qué habrá de acabar bien y sin desgracias? ¿No es invencible siempre la ruina?*

CORO. Aún, si lo quisiera, un dios podría hacer que de este daño más gozosos acentos emergieran; y en lugar de lamentos funerarios, un canto de triunfo aún podría traer a las estancias del palacio vino recién mezclado.

ESTROFA 3.^a

ORESTES. *¡Ojalá, padre mío, ante el muro de Troya te hubiesen abatido licias lanzas!, dejando, así, tu gloria a este palacio, cimentando en el curso de tus hijos una vida que atrae las miradas, un elevado túmulo allende el mar te habrían erigido, desgracia a tu familia soportable.*

ANTÍSTROFA 2.^a

CORO. *Y entonces, caro a cuantos te eran caros allí, muerto con gloria, brillarías bajo la tierra cual augusto príncipe, ministro de los grandes señores subterráneos. Que fuiste rey, en vida, de quienes con sus manos y su cetro con la tarea cumplen que les legó el destino.*

ANTÍSTROFA 3.^a

ELECTRA. *¡Si ni siquiera, padre, hubieses sucumbido al pie de Troya! ¡Si no hubieses hallado sepultura con la restante hueste, caída en el combate, cabe el río Escamandro! Si, antes, tus asesinos hubiesen sucumbido de este modo, y alguien,*

muy lejos, nuestra desventura ignorando, hubiese conocido el destino fatal que les dio muerte!

CORO. Esto, hija mía, vale más que el oro; lo que pides supera la ventura más excelsa, la de los hiperbóreos, pero poder, sí puedes. Lo cierto es que el chasquido de este doble trallazo hasta mí llega; los defensores de estos están ya bajo tierra, las manos de quien manda son impuras y esto es algo odioso para el muerto, y lo es aún mucho más para sus hijos.

ESTROFA 4.^a

ORESTES. *Como un dardo penetra en mis oídos lo que has dicho. ¡Oh Zeus, oh Zeus! Envía desde abajo un tardío castigo contra la mano osada y asesina. ¡Incluso en una madre ha de cumplirse!*

ESTROFA 5.^a

CORO. *¡Oh, si me fuera dado entonar, algún día, con voz clara, el himno de victoria! ¡Ante el hombre inmolado, ante la esposa muerta! ¿A qué ocultar en vano lo que sale volando de mi pecho? ¡Ante mi proa ruge, furiosa, la cólera del alma, odio implacable!*

ANTÍSTROFA 4.^a

ELECTRA. *Pero decidme, ¿cuándo el abundoso Zeus, segando, ay, ay, cabezas desgarrará su brazo? ¡Que vuelva la confianza en esta tierra! Justicia pido contra injustos seres. ¡Oh Tierra, potencias subterráneas, escuchadme!*

CORO. Es ley, sí, que las gotas vertidas en el suelo con un asesinato exijan nueva sangre. Pues conjura la muerte a las Erinias que en nombre de los que antes han caído van trayendo desgracia tras desgracia.

ESTROFA 6.^a

ORESTES. *¡Soberano del mundo de los muertos! ¡Maldiciones terribles de los muertos! Mirad cómo se encuentra lo que resta del clan de los Atridas, en qué indigencia, privados de su casa. ¡Oh Zeus!, ¿adonde puedo dirigirme?*

ANTÍSTROFA 5.^a

CORO. *De nuevo me palpita con fuerza el corazón al oír tus lamentos. Desespero, de bilis se ennegrecen mis entrañas al oír tus palabras. Pero cuando te veo bien dispuesto a la lucha, aleja mis dolores la esperanza, que se abre ante mis ojos lisonjera.*

ANTÍSTROFA 6.^a

ELECTRA. *Y, ¿qué más te diremos para obtener tu ayuda? ¿Acaso los dolores con que nos ha afligido nuestra madre? Es posible calmarlos, pero son al embrujo inaccesibles. Cual carnicero lobo, por culpa de mi madre, implacable mi espíritu se muestra.*

ESTROFA 7.^a

CORO. *Al son de un ario canto me golpeo el pecho, y siguiendo los compases de*

cisia plañidera. Al ritmo de una sierra y bañados en sangre, pueden verse los gestos de mi mano, uno tras otro, desde arriba, de lejos; con los golpes mi dolorida y percutida testa retruena sin descanso.

ESTROFA 8.^a

ELECTRA. *¡Ay, ay, cruel, ay madre osada! ¿Cómo pudiste, en cruel sepelio, enterrar sin su pueblo al soberano, sin gemidos, sin lágrimas, enterrar a tu esposo?*

ESTROFA 9.^a

ORESTES. *Me has contado, ay de mí, toda la infamia. Y este ultraje a mi padre ha de pagarlo, con la ayuda de dios y de mis manos. ¡Quítele yo la vida, y muera luego!*

.....

ANTÍSTROFA 9.^a

CORO. *Fue mutilado, para que lo sepas. Y la autora que lo enterró de esta manera infame buscaba que su muerte resultara insufrible a tu existencia. Ya oíste la desdicha de tu padre, llena de infamia.*

ANTÍSTROFA 7.^a

ELECTRA. *Mencionas el destino de mi padre, pero a mí me tenían recluida, sin dignidad, sin poder hacer nada. Aislada en mi estancia, cual perro peligroso, las penas me brotaban más prestas que la risa, y vertiendo, en mi encierro, un lamento de lágrimas sin cuento. (A ORESTES). Oye estas crueldades, y mantenías grabadas en tu mente.*

CORO.

ANTÍSTROFA 8.^a *Óyelas sí, permite que entren en tus oídos estas palabras, hasta las tranquilas honduras de tu espíritu. El pasado así fue, el resto procura conocer con tu arrojo. Has de ir a la lucha con ánimo implacable.*

ESTROFA 10.^a

ORESTES *A ti te invoco, ¡únete a los tuyos!*

ELECTRA. *Yo te llamo en mis lágrimas bañada.*

CORO. *Nuestro coro con unánime voz se une a estos rezos. Ven a la luz y escucha; y ponte a nuestro lado frente a nuestro enemigo.*

ANTÍSTROFA 10.^a

ORESTES. *Ares con Ares luchará, y Justicia, también, contra Justicia.*

ELECTRA. *¡Ay dioses, asentid con justicia a estos ruegos!*

CORO. *Tiembla mi corazón al oír vuestros votos. El destino final ha tiempo espera. Con plegarias podría, al fin, cumplirse.*

ESTROFA 11.^a *¡Oh miseria aferrada a este linaje! ¡Oh golpes discordantes y sangrientos de Ate! ¡Ay duelos insufribles, gemebundos! ¡Ay dolor implacable!*

ANTÍSTROFA 11.^a *La venda que ha de ser remedio de esta herida reside en esta casa: no la pueden poner manos ajenas, ha de ser ella misma por medio de*

sangrienta y cruda lucha. ¡Éste es el himno de los dioses que bajo la tierra habitan!

Oh dioses subterráneos, escuchad esta súplica. En vuestra gran clemencia enviad a estos hijos un auxilio que lleve a la victoria.

(ORESTES y ELECTRA *han ido subiendo hasta la parte más alta del túmulo. Ahora, puestos de rodillas, golpean la tierra.*)

ORESTES. ¡Oh padre que caíste de un modo tan indigno de un monarca! Dame, yo te lo imploro, el poder de esta casa.

ELECTRA. YO te pido lo mismo, padre mío. Necesito tu ayuda para huir de la muerte e infligírsela a Egisto.

ORESTES. De esta suerte, tu parte alcanzarás en los banquetes que ofrecen los mortales. Si no, carecerás de los honores en las ricas ofrendas, hechas de llama y grasa, de esta tierra.

ELECTRA. Yo, con toda mi dote, te ofreceré, en mis bodas, libaciones al salir de la casa. Habrá de ser tu tumba para mí la riqueza más preciada.

ORESTES. ¡Tierra, permite que mi padre pueda contemplar esta lucha!

ELECTRA. Concédenos, Perséfone, la gloriosa victoria.

ORESTES. Recuerda el baño donde te arrancaron, oh padre, la existencia.

ELECTRA. Recuerda aquellas redes que contigo estrenaron.

ORESTES. En grilletes sin bronce te atraparon.

ELECTRA. Y unos velos urdidos con perfidia.

ORESTES. Al oír tal ultraje, ¿no despiertas?

ELECTRA. ¿NO vas a levantar tu amada frente?

ORESTES. Envía la justicia para unirse al combate con los tuyos, o déjanos usar la misma llave, si quieres que, vencido, resultes vencedor.

ELECTRA. Escucha ya mi súplica postrera. Contempla estos polluelos posados en tu tumba, amado padre; ten piedad del gemido del macho y de la hembra.

ORESTES. No dejes que se pierda enteramente la semilla de Pélope; que así, aunque estés bajo tierra, no habrás muerto del todo. [Los hijos son la voz que salva a los hombres de la muerte. Ellos son como el corcho que tira de la red, así impidiendo que el tejido de lino vaya al fondo].

ELECTRA. Escucha, que por ti es este lamento. Te salvas a ti mismo si escuchas mis plegarias.

(Bajan del túmulo).

CORIFEO. Vuestra larga oración no es reprochable tributo hacia esa tumba no llorada. Y, pues tu corazón está dispuesto a lanzarse al combate, haz lo que falta y reta así al destino que te aguarda.

ORESTES. Así se hará. Mas no creo importuno preguntar el porqué de esas

ofrendas, y por qué intenta reparar tan tarde un daño sin remedio. Era mezquino el tributo a un espíritu insensible. Que aunque yo a calcular no alcanzaría el valor de la ofrenda, esta es, sin duda, inferior a la culpa. Por la sangre vertida, aunque ofrecieras tus riquezas el esfuerzo es inútil, según dicen. Contesta a lo que quiero, si lo sabes.

CORIFEO. Hijo, lo sé, que yo estaba presente. Por los sueños nocturnos aterrada esta impía mujer nos ha ordenado ir a ofrecerle algunas libaciones.

ORESTES. ¿Puedes contar el sueño exactamente?

CORIFEO. Parecióle parir una serpiente.

ORESTES. Y, ¿cómo terminaba este relato?

CORIFEO. La envolvía en pañales, como a un niño.

ORESTES. ¿Qué alimentos tomaba la serpiente?

CORIFEO. Ella en persona le acercaba el pecho.

ORESTES. Y, ¿no le hería el monstruo los pezones?

CORIFEO. Chupaba leche con sangre mezclada.

ORESTES. ¡No son vanos los sueños de los hombres!

CORIFEO. Ella, entonces, despierta horrorizada, lanzando un grito de terror, y, en casa, al grito de la dueña, las antorchas, que apagara la víspera, se encienden. Luego envía estas fúnebres ofrendas esperando que sean un remedio que pudiera calmar su alma angustiada.

ORESTES. Pues yo pido a la Tierra y al sepulcro del padre, que en mí encuentren estos sueños cumplimiento feliz. Como lo entiendo, todo cuadra muy bien: si esta serpiente parece que nació del mismo seno que yo, si se introdujo en mis pañales, si chupó con su boca el mismo seno que un día me criara y que de él hizo brotar sangre con leche; si mi madre lanzó un grito de horror ante el suceso, no hay remedio: ya que ella ha alimentado esta alimaña, morirá por fuerza. Soy yo quien la asesina, convertido en serpiente, como lo indica este sueño.

CORIFEO. Te escojo como intérprete del sueño, y ¡ojalá que suceda como dices! Pero danos tus órdenes a todos; dinos lo que hay que hacer, de qué abstenerse.

ORESTES. El asunto es muy sencillo: tú entrarás en el palacio (A ELECTRA) y a vosotras recomiendo que mantengáis nuestro pacto porque quienes, con engaños, a aquel varón dieron muerte, con nuestro engaño también sean al fin sorprendidos, en igual trampa muriendo tal como el príncipe Apolo, Loxias, proclamara un día, profeta que hasta este instante nunca me ha mentado. Y, yo, cargado con mi bagaje, me acercaré de la entrada a la puerta, acompañado de Pílates —huésped nuevo el uno, y antiguo huésped el otro de este palacio—. Y hablaremos en la lengua del Parnaso, los acentos del focio remedando. Y es posible que ningún portero con rostro alegre nos reciba, que esta casa es hoy presa de desgracias. Allí vamos a quedarnos sin movernos, hasta que alguien ante la puerta pasando, se dirija mil preguntas y así diga: «¿Cómo, pues? ¿Por qué Egisto de su casa a un suplicante rechaza si está en Argos y

conoce el asunto en cuestión?». Pues bien, si yo entonces llego a traspasar el dintel de la puerta y me lo encuentro sentado en el trono augusto de mi padre, o si más tarde llega y me habla cara a cara, —que no dudo que él habrá de reclamar mi presencia— antes de decir: «¿De dónde ha venido el forastero?», cadáver lo dejaré después que yo con mi bronce su cuerpo haya traspasado. Y la Erinia, que de muerte no va ya escasa, esta sangre cual tercera libación, habrá de apurar entonces. Tú, pues, atenta, vigila lo que ocurre en esta casa, y que todo vaya bien. Y a vosotras un discreto lenguaje os pido: a callar cuando convenga y a hablar las palabras adecuadas.

Y por lo que al resto atañe, que él su mirada dirija hacia aquí y que me asegure la victoria en esta lucha.

(ORESTES acompañado de PÍLADES, se retira).

CORO.

ESTROFA 1.^a *Cría la tierra innúmeros y horrorosos azotes; los marinos abismos rebosan de enemigos portentosos para el hombre; en el cielo brillan los astros que traen maleficio a los mortales. Todo ser alado, en fin, o fruto de la tierra contar podría del huracán las iras tormentosas.*

ANTÍSTROFA 1.^a *Mas, ¿quién podría hablar del alma más audaz que la del macho, y del amor sin freno —compañero de azotes para el hombre— que anida en las entrañas de temeraria hembra? El vínculo que enlaza a las parejas en la bestia, en el hombre, acaba siempre roto por la lujuria de las hembras.*

ESTROFA 2.^a *Quien no ha dejado que le broten alas a su espíritu vano, que conozca la astucia incandescente que imaginó la miserable hija de Testio, de su hijo asesina, al dejar consumir la roja llama compañera del hado de su hijo, desde aquel mismo instante en que saliera llorando del seno de su madre, y que había de medir el tiempo de su vida hasta llegar el día marcado por los hados.*

ANTÍSTROFA 2.^a *Pero hay otra mujer, en las leyendas, más odiosa aún, la sanguinaria Escila: ella a su esposo la muerte provocó para buscar el bien del enemigo, por un collar dorado deslumbrada, don de Minos, arrancando a Niso su mortal cabellera cuando plácidamente respiraba en el sueño, ¡esa mujer de corazón de piedra! Y así, de esta manera, pasó a las manos de Hermes.*

ESTROFA 3.^a *Y pues he recorrido tan amargas desgracias, ¿no es acaso justo que este palacio abomine de una odiosa esposa, de los arteros planes de un femenino corazón contra un varón en armas? —¡contra tu esposo, sí, cual si enemigo fuera, la mano levantaste!*

ANTÍSTROFA 3.^a *De entre los grandes crímenes el de Lemnos ocupa un lugar destacado en la leyenda. El pueblo lo condena entre lamentos y cada nuevo crimen con el crimen de Lemnos se compara. Por este sacrilegio que condenan los dioses la raza ha sucumbido en medio del desprecio de los hombres; porque nadie respeta aquello que a los dioses no es querido. ¿Cuál de estas tradiciones no espigo*

justamente, honrando así un hogar que no se enciende, y el cetro femenino que toda audacia ignora?

ESTROFA 4.^a *El puñal puntiagudo junto al pecho hiere y traspasa, en nombre de Justicia (hollada en tierra) contra quien la majestad de Zeus, con alma impía, un día violara.*

ANTÍSTROFA 4.^a *Es firme el basamento de Justicia; y Aisa funde ya el bronce y un hijo ha enviado a este palacio para cobrar, después de tanto tiempo, la mancha de unos viejos homicidios, la ilustre Erinia, de designios hondos.*

(Vuelven a aparecer ORESTES y PÍLADES).

ORESTES. *(Llamando a la puerta).* Esclavo, esclavo. ¿No oyes que a la puerta están llamando? ¿Quién hay dentro? Esclavo, —repito—. ¿Quién, en casa? Es la tercera vez que te llamo para que alguien salga de esta casa, si gusta de acoger a un huésped por las órdenes de Egisto.

ESCLAVO. Sí, sí, ya atiendo. Mas, ¿de dónde viene el extranjero? Dime, ¿de qué tierras?

ORESTES. Anuncíame a los dueños de la casa, a los que me dirijo con noticias. Y date algo de prisa, que ya el carro oscuro de la noche se acelera, y la hora es llegada en que ya el ancla los mercaderes echan en las celdas que acogen a los huéspedes. Que venga alguien que tenga autoridad en la casa, la dueña del lugar; mejor, el dueño. Pues el recato, en las conversaciones, enturbia las palabras; pero un hombre habla a otro hombre sin recelo alguno y expone claramente su objetivo.

(CLITEMNESTRA sale del palacio).

CLITEMNESTRA. Extranjeros, hablad, si es que tenéis algo que hablar; que en esta casa existe cuanto cabe esperar: baños calientes, lecho que hechizará vuestras fatigas, y la presencia de personas dignas. Si hay que tratar asuntos de más monta, esto es cosa del varón: a él me remito.

ORESTES. Pues yo soy un extranjero procedente de la Fócide, un daulio. Cuando ya estaba dispuesto para partir con el bagaje completo en dirección hacia Argos —ciudad donde me detuve— sin conocerle, y sin que él a mí me conociera, topóse conmigo un hombre, y después de preguntar hacia dónde me encamino, y tras revelarme el suyo, dirigióme estas palabras Estrofo el focidio —yo he sabido cómo se llama a lo largo de la charla—: «Ya que, de todas maneras, te diriges hacia Argos, acuérdate, oh extranjero, de comunicar, sin falta, a sus padres que está muerto su hijo ORESTES. No lo olvides. Y tanto si es voluntad de los suyos recibirlo, o que lo entierren allí donde cual huésped vivía, tráeme cuando regreses sus noticias. Por

ahora las paredes de una urna de bronce guardan los restos de este joven a quien todos lloramos siguiendo el rito». Eso es todo lo que oí, y vengo a comunicarlo. Si estoy hablando con uno de sus deudos o parientes, lo ignoro; mas quien le diera el ser, creo, ha de saberlo.

CLITEMNESTRA. ¡Acabas de anunciar nuestra ruina! ¡Maldición de esta casa, cuán difícil es contra ti luchar! Con ojo claro consigues descubrir lo más oculto y herirlo con tus dardos que no fallan. Unos seres queridos me has quitado. Ahora ha sido ORESTES, que en buen hora sus plantas alejara de esta trampa de muerte, y ahora apenas la cabeza asoma, la esperanza tú arruinas de esta casa, para encontrar al médico que extirpe de ella esa locura horrible.

ORESTES. Pues en cuanto a mí concierne, mi ilusión hubiera sido trabar mi conocimiento con huéspedes tan honrados, y ser de ellos acogido por traerles buenas nuevas. Pues, ¿quién hay mejor dispuesto hacia un huésped que otro huésped? Mas me hubiera parecido cosa impía no dar cima al encargo de un amigo después que lo prometí y de haberme él acogido.

CLITEMNESTRA. No habrás de recibir por ello un trato que no te corresponda ni serás menos caro al palacio; al fin y al cabo otro hubiera traído estas noticias. Pero llegó la hora de que un huésped que ha caminado su jornada encuentre ya su descanso tras largo camino.

(A una esclava).

Guíalo ya a la estancia de invitados, junto con sus esclavos y cortejo, y que disponga allí de todo cuanto tiene el palacio. Esta misión te encargo y de ella habrás de serme responsable.

(Salen ORESTES y PÍLADES, con su cortejo, acompañados de la esclava).

Voy a contarlo al dueño del palacio, y pues en él hay amigos leales, allí discutiremos este trance.

(Entra en palacio).

CORO. Oh leales cautivas del palacio, ¿cuándo, pues, mostraremos la fuerza en nuestros labios para ayudar a ORESTES? Oh Tierra, mi Señora, túmulo venerable levantado sobre el augusto cuerpo de un caudillo. Escucha ahora mi ruego: dame tu protección, pues que ha llegado la hora de que salte a la liza la artera persuasión, y de que Hermes, el dios de los infiernos y la noche, les guíe en esta lucha de espadas

homicidas.

(Sale de palacio la NODRIZA).

CORIFEEO. Yo pienso que el extranjero dentro va causando estragos: estoy viendo a la nodriza de ORESTES cómo derrama lágrimas.

(Se acerca a ella).

Cilicia, dime, ¿hacia dónde te encaminas?

NODRIZA. Mi señora me ha ordenado que comunicara a Egisto que acuda aquí a toda prisa a hablar con los forasteros, para que así, de hombre a hombre, se entere, sin sombra alguna, del mensaje que han traído. Adoptó, ante los esclavos, un gesto muy doloroso, si bien por dentro ocultaba el gozo que le causaba hecho tan fausto para ella, —mientras que para esta casa es todo desolación por la nueva que han traído estos huéspedes. Sin duda su corazón ha saltado de gozo cuando esta nueva escuchó. ¡Infeliz de mí! Y las desgracias antiguas, tan duras, amontonadas en casa de los Atridas, han destrozado mi pobre corazón dentro del pecho. Mas yo nunca he recibido golpe tan cruel como este: que los demás infortunios aún podía soportarlos con toda resignación... Mas que mi pequeño ORESTES, un pedazo de mi vida, a quien cuidé desde el mismo instante en que de su madre yo le recibí en mis brazos... ¡Las mil torturas causadas por sus llantos, que me hacían toda la noche velar!... todo lo he sufrido en vano. Puesto que a una criatura sin el uso de razón hay que tratarla —¿no es eso?— como a un pequeño animal, siguiendo la intuición. Porque un niño de pañales no dice que tiene sed, ni hambre, ni que ha de orinar. Se basta a sí mismo el vientre. Y yo en muchas ocasiones acertaba, pero en otras, me equivocaba, lo sé, y con ello lavandera de pañales era, que entrambos oficios se confundían. Y porque yo conocía estos dos oficios, pude recibir al niño ORESTES de los brazos de su padre. ¡Y ahora me entero que ha muerto! Mas del hombre voy en busca que es la ruina de esta casa. ¡Me imagino con qué gozo recibirá esta noticia!

CORIFEEO. ¿Cómo dijo que acuda hasta el palacio?

NODRIZA. Repite tu pregunta y así entiendo.

CORIFEEO. Si con su guardia, o si ha de venir solo.

NODRIZA. Que venga dijo con su guardia entera.

CoRIFEEO. Pues no des estas órdenes a tu amo, sino «que acuda solo de manera que no provoque alarmas». Vete y trae la orden a toda prisa, alegremente. El mensajero puede hacer que salga bien todo el plan en el secreto urdido.

NODRIZA. Después de estas noticias, ¿aún confías?

CORIFEEO. ¿Y si al fin cambia Zeus nuestro infortunio?

NODRIZA. ¿Cómo? ¡Nuestra sola esperanza ya no existe!

CORIFEO. NO es verdad, pues que incluso un adivino inexperto podría así augurarlo.

NODRIZA. ¿Qué es lo que dices? ¿Sabes algo, acaso, distinto de la nueva que han traído?

CORIFEO. Vete ya a toda prisa con tu encargo. Los dioses cuidarán de lo que falte.

NODRIZA. Voyme pues a cumplir estos consejos. Y que todo resulte, con la ayuda de Dios, de la manera más perfecta.

CORO.

ESTROFA 1.^a *Escucha mi plegaria Zeus, padre de los dioses todos del Olimpo, y concede al señor de esta casa que en su empeño triunfe por contemplar de nuevo la justicia. Mi ruego te he expresado justamente, y ahora, Zeus, dale tú cumplimiento.*

MESODO 1.^o *Concédele el triunfo, Zeus, sobre el enemigo de palacio. Si lo exaltas, serán dobles y triples las ofrendas que de buen grado habrá de devolverte.*

ANTÍSTROFA 1.^a *Es el huérfano potro de un ser que te es querido y uncido a un carro de fatigas; dale medida en la carrera y un ritmo salvador para que pueda contemplar en la pista el brío de su marcha victoriosa.*

ESTROFA 2.^a *Vosotros que ocupáis un ángulo repleto de tesoros en el palacio, ¡oh deidades benignas!, conducid la sangre derramada de los antiguos crímenes, con el auxilio de pronta justicia. ¡No engendre nueva prole la sangre antigua dentro del palacio!*

MESODO 2.^o *Y tú, que habitas en umbral grandioso que brillante se yergue, concede que levante nuevamente el hogar de un guerrero su frente; que después de este velo de noche pueda al fin ver, con tranquila mirada, la libertad y su luz esplendorosa.*

ANTÍSTROFA 2.^a *Y que el hijo de Maya le preste justamente su concurso; que nadie es más propicio, si lo quiere, para encauzar con viento favorable una empresa. Y si así lo desea, hace brotar sentencias sin sentido y, pronunciando una palabra oscura, la negra noche expande ante los ojos, sin resultar más claro en pleno día.*

ESTROFA 3.^a *Y entonces ya los cánticos ilustres por la liberación de este palacio, cánticos femeninos para amansar el viento, melodías agudas con gritos que resuenen cantaremos: «La ciudad ha vencido». Para mí florece esta ganancia, ciertamente, si Ate se encuentra lejos de quien amo.*

MESODO 3.^o *Y lleno de coraje, cuando llegue el momento culminante, si ella te grita «¡Hijo!». «Sí, de mi padre», dices, dando así cumplimiento a este acto de venganza irreprochable.*

ANTÍSTROFA 3.^a *Respirando en tu pecho la audacia de Perseo, fiel a quienes reposan bajo tierra, fiel a quienes la habitan, vistiendo Ate sangrienta, aniquila al*

culpable de este crimen.

(Sale EGISTO de palacio).

EGISTO. He venido, y no por propio impulso, que me trajo un mensaje; yo he sabido que han llegado extranjeros con la nueva, en verdad no agradable, de la muerte de ORESTES. Y eso fuera una carga empapada de horror para esta casa herida ya y maltrecha tras aquella sangre que un día derramaron. ¿Cómo debo juzgarla, verdadera y real, o se trata más bien de esas leyendas de mujeres, forjadas por el miedo, que saltan en el aire y que se esfuman? ¿Cómo podrías tú aclarar mi mente?

CORIFEO. La noticia, la oímos. Pero entra en palacio y pregunta al extranjero. No existe un mensajero más completo que acudir ante él mismo e interrogarle.

EGISTO. Quiero verme con ese mensajero y preguntar si estaba cerca de él al morir, o bien si sus palabras proceden de un rumor sin fundamento. A una mente que sabe discernir, no logrará engañarla, ciertamente.

(Entra EGISTO en palacio).

CORO. ¡Oh Zeus, oh Zeus!, ¿qué hacer? ¿Por dónde he de empezar mis oraciones, mi llamada a los dioses, y, en mis buenos deseos, cómo decir lo justo? Porque, ahora, los filos de la espada matadora, tiñéndose de sangre consumarán la ruina sempiterna de los Atridas, o, prendiendo ORESTES de libertad una brillante llama, y de poder legal, la gran riqueza habrá de recobrar de sus mayores. Tal es la lucha que él solo, contra dos, y sin reservas, se dispone a afrontar, el muy divino ORESTES. ¡Y que todo conduzca a la victoria!

EGISTO. *(Desde dentro)*. ¡Ay, ay de mí!

SEMICORO A. ¡Muy bien, muy bien! ¡Hiere de nuevo!

SEMICORO B. ¿Qué está pasando allí? Y, ¿cómo han ido las cosas en palacio?

SEMICORO A. Retirémonos ya mientras la cosa acaba. No parezca que somos responsables de todos estos males. Que la lucha final ya ha concluido.

ESCLAVO. *(Sale corriendo del palacio)*. ¡Ay, ay de mí! ¡Mi señor! ¡Que ha sido apuñalado! ¡Ay, por tercera vez! Egisto ya no existe. Mas, ea, pronto, abrid a toda prisa, y corred los cerrojos de la estancia de las mujeres; con urgencia falta un brazo joven empero no para prestar auxilio al que ya está acabado.

(Golpea las puertas del gineceo).

¡Hola, hola! ¡Estoy llamando a sordos! ¡Oh nada, nada!, yo me esfuerzo en vano

con mis gritos, que todo el mundo duerma. ¿Qué es lo que estará haciendo Clitemnestra?

CORIFEO. Parece que su cuello sobre el tajo ya ha sido colocado y que muy presto será segado por un brazo justo.

CLITEMNESTRA. *(Saliendo del gineceo)*. ¿Qué pasa?, ¿por qué gritas en palacio?

ESCLAVO. Digo que a vivos muertos asesinan.

CLITEMNESTRA. ¡Ay! He captado el sentido de tu enigma. Perderemos la vida arteralmente tal como maquinamos. Dadme un hacha homicida bien presto; ya veremos si vencemos o somos arrollados, pues que a tal punto llega mi desdicha.

(Aparece ORESTES espada en mano. Abre las puertas de palacio y en el fondo se ve el cadáver de EGISTO).

ORESTES. Es a ti a quien persigo, porque este ha recibido, al fin, su merecido.

CLITEMNESTRA. ¡Ay, ay de mí! ¿Estás muerto, mi muy amado Egisto?

ORESTES. ¿Le quieres? Pues muy bien; en este caso yacerás en su tumba. De este modo ni muerta dejarás de serle fiel.

CLITEMNESTRA. *(Arrodillada a los pies de ORESTES)*.

¡Hijo mío, detente! Ten respeto, criatura, a este pecho sobre el cual tantas veces chupaste, adormecido, la leche que te daba el alimento.

ORESTES. Oh Pílates, ¿qué hacer? ¡Ella es mi madre! ¿No me atreveré a matarla?

PÍLADES. Pero entonces, ¿qué será del oráculo de Loxias en Delfos proclamado? ¿Y qué del santo juramento? Mejor tener enfrente a todo el mundo que a los dioses, cree.

ORESTES. Venciste, lo confieso. Me aconsejas muy bien.

(A su madre).

Pues, ea, sigúeme, que quiero matarte junto a él, pues lo juzgaste cuando vivo, a mi padre preferible. Muere, pues, y reposa junto a él, pues tu amor entregaste a este individuo y al que habías de amar, lo despreciaste.

CLITEMNESTRA. YO te crié, y junto a ti envejecer quiero.

ORESTES. ¿Vivir conmigo quien mató a mi padre?

CLITEMNESTRA. El destino, hijo mío, es responsable.

ORESTES. Pues también es el hado quien te mata.

CLITEMNESTRA. ¿NO temes tú la maldición materna?

ORESTES. NO, pues me diste la existencia para arrojarme después a la desdicha.

CLITEMNESTRA. Al hogar te envié de antiguo huésped.

ORESTES. Hijo de un hombre libre fui vendido por dos veces.

CLITEMNESTRA. Y, ¿dónde está, di, el premio por ello recibido?

ORESTES. NO me atrevo a echártelo en la cara claramente.

CLITEMNESTRA. NO, dilo ya, mas cuenta, al mismo tiempo, la conducta insensata de tu padre.

ORESTES. NO reproches, en el hogar sentada, a aquel que lucha.

CLITEMNESTRA. ES muy duro, hijo mío, para una esposa estar sin el marido.

ORESTES. El afán del esposo las mantiene en casa vagarosas.

CLITEMNESTRA. Hijo mío, pareces decidido a darme muerte.

ORESTES. El golpe decisivo tú te has dado.

CLITEMNESTRA. ¡Cuidado! que los perros de tu madre...

ORESTES. ¿Y cómo escaparé a los de mi padre si mi deber no cumplo?

CLITEMNESTRA. ¡Todo inútil! Me veo suplicando ante una tumba.

ORESTES. La suerte de mi padre ha decretado la muerte contra ti.

CLITEMNESTRA. ¡Ay, infelice! ¡Qué víbora parí y he alimentado!

ORESTES. ¡Qué perfecto adivino ha resultado al fin tu pesadilla! Asesinaste a aquel que no debías; sufre, pues, una muerte también que no debías.

(La arrastra al interior del palacio para matarla).

CORIFEO. Por la doble desgracia de estos seres lloro yo ahora, pero una vez que a tanta sangre el infeliz Orestes puso punto final, prefiero, al menos, que al ojo de la casa no aniquilen.

CORO.

ESTROFA 1.^a *Ya llegó la justicia, con el tiempo, a la casa de Príamo, un castigo tan justo como horrendo. También doble león y doble Ares ha llegado al hogar de los Atridas. Su misión ha cumplido íntegramente el desterrado que anunciara Delfos bien guiado, en su impulso, por la mano de un numen.*

MESODO. *Entonad, pues, el canto de victoria en honor del palacio de mi dueño. Han acabado, al fin, sus sufrimientos y la devastación de sus riquezas —obra de dos impíos— y la ruta fatal de su destino.*

ANTÍSTROFA 1.^a *¡Sí, le ha llegado a quien lo merecía el artero castigo por un ataque ocultamente urdido! Su brazo ha dirigido en la contienda la hija de Zeus que hace honor a su nombre, Justicia la llamamos los mortales —y acertamos en ello—, contra sus enemigos alentando su ira rencorosa.*

ESTROFA 2.^a *Un castigo que Loxias, el numen del Parnaso, el dios que habita la hendidura enorme de la tierra, ya había proclamado que sin engaño y engañosamente iba a caer, y que tras tanto tiempo finalmente ha llegado. Siempre*

vencen los dioses; y su ayuda no otorgan al impío. Justo es que honremos el poder celeste de las deidades todas: la luz ya se divisa.

MESODO. *La luz ya se divisa, ya se ha arrancado el freno cruel impuesto a esta morada. Yérquete, palacio, que estuviste humillado en demasía.*

ANTÍSTROFA 2.^a *Y pronto el tiempo que da cumplimiento a toda empresa humana cruzará los umbrales de esta casa cuando esta mancha del hogar se expulse con los ritos que arrojan todo género de Ates. Puede ya verse todo iluminado con la luz de esta suerte tan hermosa, mientras todos proclaman: «Nuevamente serán los extranjeros de esta casa expulsados. La luz ya se divisa».*

ORESTES. *(Que sale del palacio).* Ved a los dos tiranos de esta tierra; de mi padre asesinos, de mi casa saqueadores. Un día, orgullosos se erguían en su trono aposentados y hoy se siguen amando, al parecer, a juzgar por la suerte que han tenido. Su juramento respondió a los votos que se hicieran un día mutuamente: asesinar a padre y morir juntos. Una vez más conforme a su palabra obraron.

(Al pueblo).

Y vosotros, que de oídas tan solo conocéis nuestro infortunio, la trampa contemplad y los grilletes que echaron sobre el cuerpo de mi padre, pobre infeliz, el cepo de sus manos, los lazos de sus pies. Desenrolladlo y un círculo formando, desde cerca mostrad la red tendida contra un hombre, y que así el padre —mas no el mío, sino el astro sol que todo lo contempla— pueda ver con sus ojos las acciones de mi madre, y que pueda un día, acaso, servirme en el proceso de testigo de que en justicia ejecuté a mi madre. A Egisto ni lo miento; ya ha tenido el premio que merece un adulterio de acuerdo con las leyes. Sin embargo, la mujer que tramó contra su esposo tanto horror y de quien llevó en el seno el peso de los hijos —peso ayer querido, y hoy, al parecer, odiado—, ¿qué te parece?, ¿qué es? ¿Una murena, una víbora, acaso, que inficiona tan solo, sin morder, por los efectos de su audacia y su espíritu perverso? ¿Qué nombre debo darle, aunque me exprese con benigno lenguaje? ¿De alimañas trampa? ¿Sudario de un cadáver que enteramente un ataúd recubre? Red llámala mejor; o bien, un peplo que aprisiona los pies, cual para sí un bandido quisiera que se gana el sustento a los otros engañando y hurtando su dinero: con un lazo así, ¡cómo gozara, provocando la muerte a tantos seres! ¡Ah! Que nunca en vida tenga en mi morada yo una esposa cual ella: antes los dioses me hagan morir privado de los hijos.

CORO. ¡Ay, ay! ¡Qué triste hazaña! Has sucumbido a una muerte odiosa. ¡Ay, ay! ¡Cuando se espera, el castigo florece, finalmente!

ORESTES. ¿LO hizo o no lo hizo? Me es testigo este velo de que el puñal de Egisto un día lo tiñó; y la negra mancha de sangre ayudó al tiempo a destruir los

múltiples colores del bordado. Ahora digo su elogio funerario, ahora lloro por él públicamente; y al invocar a este tejido que a mi padre mató, lloro por estas acciones y el castigo, por mi casta toda, cargada con la mancha, nada envidiable, a fe, de mi victoria.

CORO. Jamás mortal alguno tendrá gratis una existencia sin dolor, ¡ay, ay! Un dolor viene hoy, y otro mañana.

ORESTES. *Para* que lo conozcáis, puesto que yo ignoro cómo va a acabar este suceso, pues conduzco mis corceles como fuera de la pista. Que mi mente, ingobernable, me está arrastrando vencido; el horror junto a mi pecho presto está para entonar su canto, y con él acorde... Mientras dueño de mis actos yo soy, quiero proclamar a los que son mis amigos que no sin ley a mi madre asesiné, a esta mancha asesina de mi padre y de los dioses horror; y que el filtro que inspiró tanta audacia, yo proclamo que fue Loxias, el profeta que en Delfos tiene su templo. Su oráculo me predijo que si a término llevaba esa empresa, iba a quedar libre de culpa, mas si yo la negligía... Callo el castigo, puesto que ya no me ha de herir ninguna de estas penas con su arco. Ahora, cual podéis ver, con este ramo y con esta corona, yo acudiré al templo que es el ombligo del mundo, al hogar de Loxias, al que los hombres convienen en llamar luz inmortal, para escapar de esta sangre que es la mía. Dirigirme a otro hogar no me permite el dios Loxias. Y al argivo pueblo todo yo suplico que en su memoria conserve por toda la eternidad cómo surgió esta desgracia, y que cuando Menelao a esta tierra llegue, dé por mí testimonio. Ahora errabundo y exiliado de mi patria, yo os entrego vivo o muerto, este recuerdo.

CORIFEO. Pero tu acción fue acertada. No unzas ahora tus labios bajo el yugo del reproche, y no impreques contra ti palabras de maldición, después que toda esta tierra de Argos has liberado, y de feliz golpe, cortado la cabeza a estas dos sierpes que despedían veneno.

(ORESTES *se dispone a salir, pero se detiene horrorizado*).

ORESTES. ¡Ay, ay de mí! Miradlas, allí, esclavos, un grupo de mujeres que parecen Górgonas, con sus túnicas negruzcas, y enmarañadas de serpientes. No, yo no me quedo aquí.

CORIFEO. Mas, ¿qué visiones te agitan, hombre, el más querido por tu padre? Detente, tú que has sido brillante vencedor. No tengas miedo.

ORESTES. Eso no son visiones conjuradas por tanto horror: son las perras airadas de mi madre, visibles claramente.

CORIFEO. Fresca, la sangre aún mancha tus manos, y esa alucinación te ha provocado.

ORESTES. ¡Príncipe Apolo! Vienen en tropel. Destila de sus ojos una sangre que me hiela de horror.

CORIFEO. Solo un remedio puedes tener: implora a Apolo Loxias y él te liberará

de este tormento.

ORESTES. Vosotros no las véis; yo sí las veo. Y no me quedo aquí.

(Sale corriendo).

CORIFEO. ¡Que tengas suerte! Y que un dios con benévola mirada para un caso más grato te reserve.

CORO. Con este ya son tres los huracanes que, con soplo brutal, se han abatido sobre esta real casa. Fue el primero la desgracia de Ti estes —sus hijos cruelmente devorados—. Fue después el destino de aquel gran rey: fue degollado en el baño y murió el que fuera un día de Argos el rey. Y ahora, nos ha llegado, en el tercer lugar, ¿un salvador, quizá? ¿La muerte, acaso? ¿Adonde irá a parar? ¿Se detendrá, pues, finalmente, adormecida ya, esta cólera de Ate?

Las euménides

PERSONAJES DEL DRAMA

LA PITIA, sacerdotisa de Delfos

ORESTES, asesino de Clitemnestra

APOLO, dios defensor de Orestes

ESPECTRO DE CLITEMNESTRA

CORO DE LAS EUMÉNIDES

ATENEA, diosa protectora de la ciudad de Atenas

CORTEJO

(Sale la PITIA, coronada de laurel).

PITIA. Primero, con mi plegaria honro ante todo a la Tierra, de entre los dioses, primera profetisa; luego a Temis que, según dicen, segunda en el trípode profético de su madre se sentó. A su vez, con el permiso de Temis, y sin hacer violencia a nadie, tercera profetisa, Febe aquí sentose, y a Febo Apolo se lo ofrece como don natalicio, Febo, que este nombre recibiera tomándolo de la diosa; y abandonando la mar y las riberas de Delos a las playas arribó de la diosa Palas, de muchas naves frecuentada para llegar a esta tierra finalmente, a la morada del Parnaso. Le escoltaban con grandísimo respeto los hijos de Hefesto que allanaban los caminos amansando para él una tierra antes salvaje. Grandes honras tributole, el pueblo en llegando a Delfos, y el señor de estos parajes, Zeus, su espíritu llenó con un arte divinal, y como cuarto profeta lo coloca en este trono. De este modo es Loxias, hoy, intérprete de Zeus padre. A estos dioses, pues, invoco, al empezar mi oración. Mas Palas Pronea tiene también un sitio de honor en el relato; también a las ninfas mi respeto que de Córico en la gruta moran, a las aves grata, habitación de las diosas. También Bromio reina allí —no lo olvido— desde el día en que el dios llevó a la lucha a las bacantes, y dio a Penteo triste muerte como una liebre acosándolo. A las fuentes, finalmente, del Plisto invoco, el poder de Posidón y al supremo Zeus que todo lleva a término. Y después de esto, en mi trono tomo asiento, en calidad de profetisa. Y que ahora quiera concederme el Cielo un buen acierto, mejor que en mis sesiones pasadas. Y si aquí ya hay peregrinos griegos, que, siguiendo el turno, se acerquen, como es aquí costumbre. Pues profetizo tal como el dios me lo ordena.

(Entra en el santuario, y sale aterrada).

¡Horrible de contar, de ver horrible la escena que me ha hecho abandonar el

palacio de Loxias! Me he quedado sin fuerzas y no puedo sostenerme. Y corro con la ayuda de mis manos, no por la ligereza de mis piernas. Que una anciana aterrada nada es, o mejor, es un niño. Yo hacia el fondo marchaba del santuario coronado de guirnaldas, cuando diviso sobre el mismo ombligo a un hombre aborrecido por los dioses, las manos chorreando sangre, y portando una recién sacada espada de la herida, y una rama de olivo religiosamente con largas cintas coronada. En suma, con un blanco vellón y así decirlo claramente podré. Frente a este hombre, extraño grupo de mujeres duerme en sitiales tendido; pero no, no son mujeres, son Górgonas, mas tampoco yo podría a una Górgona compararlas, porque las vi, no ha mucho, representadas en enorme fresco, robándole a Fineo el alimento. Y estas de aquí no se las ve con alas, son negras totalmente, y execrables. Roncan con un resuello horripilante, y odioso humor destila de sus ojos. Es su aderezo no para ponerse ni ante estatuas de dioses ni en humana mansión. No, que jamás yo había visto un grupo igual, ni sé de tierra alguna que se glorié de nutrir calaña cual esa, impunemente, y sin vergüenza por tamaños afanes. Mas qué pueda de todo esto salir solo concierne al señor de este templo, al poderoso Loxias, profeta y médico, e interpreta los prodigios y es el que purifica las moradas ajenas...

(Sale. Se abre ahora la puerta del templo, y se ve a ORESTES con los atributos del suplicante. A su lado duermen las ERINIAS. ORESTES tiene a su lado una espada).

ORESTES. ¡Soberano Apolo, tú que la maldad ignoras! Y, puesto que la ignoras, deberías mostrar tu valimiento. Es tu poder aval de la justicia.

APOLO. Yo no voy a traicionarte, no. Protector tuyo hasta el final, de lejos y de cerca, no voy a ser contra tus enemigos blando jamás. Ahora ya rendidas puedes ver a estas furias por el sueño, a estas abominables criaturas, viejo brote de un antiguo pasado, con quienes no se tratan ni los dioses ni los hombres ni las fieras. Nacieron para el mal, pues que habitan la horrorosa tiniebla, y, en la entraña de la Tierra, el Tártaro, el encono de mortales y de los dioses del Olimpo. Tú, escapa, sin embargo, y no te muestres cobarde en modo alguno. Tras tus huellas correrán a través del continente doquiera que tu planta vagabunda pise, allende el mar y las ciudades que las ondas circundan. No desistas, sin embargo, en tu empeño; y cuando llegues a la ciudad de Palas, esta imagen antigua, abraza arrodillado. Allí disponiendo de jueces y de frases seductoras, un medio hemos de hallar para poder, definitivamente liberarte de tu infortunio: pues yo fui el que te ha inducido a dar la muerte a tu madre. Recuerda mis palabras. No domine el temor tus sentimientos.

Y tú,

(A HERMES).

Hermes, sangre de mi sangre, e hijo de un mismo padre, has de velar por él. De acuerdo con tu nombre sé un pastor que a su destino lleve al suplicante. Zeus mismo reconoce a los proscritos aquel respeto que al mortal le llega con el apoyo de una fausta suerte.

(*Salen todos*).

ESPECTRO DE CLITEMNESTRA. Venga dormir. ¿Para qué necesito yo gente amodorrada? Y, entretanto, de vuestra protección desatendida no cesa de sonar en mis oídos entre las almas, «he matado», y ando entre sombras envuelta en el oprobio. Porque os hago saber que allí me acusan de un horrendo pecado, y, sin embargo, después de haber sufrido tan horrible trato de aquellos seres más queridos, ni un solo dios se indigna por mi suerte, degollada por manos matricidas.

(*Se desgarran la túnica y muestra sus heridas*).

Mira esta herida con los ojos mismos de tu alma: que dormida, se ilumina la mente, mas de día no ve nada. ¡Cuántas veces lamisteis mis ofrendas, libaciones sin vino, que es un sobrio apaciguamiento! ¡Cuántos sagrados manjares yo de noche os ofrecía ante el altar del fuego, en unas horas con ningún otro numen compartidas! Todo lo veo, ahora, por el suelo, pisado. Y él, entre tanto, se ha escapado, ha emprendido la huida como un ciervo. Ha saltado veloz de entre las redes con gran escarnio vuestro. Oídmeme ya, que os hablo de mi vida. Vuestra mente despejad ya ¡oh diosas subterráneas! Yo, Clitemnestra, os llamo desde el sueño.

CORO. (*Un gruñido*).

CLITEMNESTRA. Sí, Sí, gruñid, y mientras tanto el hombre se os escapa. Pues tienen protectores los míos, mientras yo ninguno tengo.

CORO. (*Nuevo gruñido*).

CLITEMNESTRA. Duermes en demasía sin sentir por mi destino compasión, y en tanto, el matricida Orestes se os escapa.

CORO. (*Nuevo gruñido*).

CLITEMNESTRA. Gimes y duermes. ¿Vas a levantarte con presteza? ¿Qué misión es la tuya sino sembrar el mal?

CORO. (*Nuevo gemido*).

CLITEMNESTRA. Fatiga y sueño, supremos conjurados, embotaron la furia de esa sierpe monstruosa.

CORO. (*Doble y agudo gemido*). ¡Cógelo, cógelo, cógelo! ¡Cuidado!

CLITEMNESTRA. En sueños una fiera tú persigues, y ladras como un perro que no cesa ni un solo instante en su tarea. ¿Qué haces? ¡Levanta, no te venza la fatiga! Por el sueño ablandada, estos ultrajes no debes olvidar. Pero permite que mis justos reproches tu alma hieran. Para el sensato son como agujijones. Descarga en sus espaldas tu sangriento resuello; con tu hálito extenúalo, el fuego de tu entraña, y ve tras él y machácalo, al fin, con otro acoso.

CORIFEO. Ea, despierta, y tú, despierta a esta, y yo a ti. ¿Duermes? Levanta, sacúdete ya el sueño; vamos a ver si es solo un rumor sin sentido ese preludio.

CORO.

ESTROFA 1.^a ¡Ay, ay, ay, ay! ¡Qué dolor, amigas! ¡Oh, sí, qué sufrimiento el mío!, ¡dioses, qué dolor tan agudo! ¡Qué insoportable mal! La fiera ya las redes ha saltado y se escapa. Vencida por el sueño dejé escapar mi presa.

ANTÍSTROFA 1.^a ¡Ay, ay! Hijo de Zeus, qué ladrón eres. Tú, un joven dios, a númenes antiguos pisoteas, amparo a un suplicante ofreciendo, a un impío mortal, cruel contra sus padres. Tú, tú, todo un dios, me hurtaste un matricida. ¿Quién podrá sostener que esto es justicia?

ESTROFA 2.^a Del fondo de mis sueños me ha llegado un ultraje que ha herido entraña y corazón cual agujijón que un carretero empuña. Aún siento el cruel, muy cruel escalofrío que me ha causado este feroz verdugo.

ANTÍSTROFA 2.^a ¡Estos jóvenes dioses! Es así como actúan, forzando la justicia. Mirad el trono ensangrentado —ombliigo del mundo— de arriba abajo, cargado con la mancha terrible de la sangre.

ESTROFA 3.^a ¡Él, un profeta, su propio santuario ha manchado! Ha ensuciado su morada por un impulso propio, no invitado por nadie. Ha honrado a los mortales transgrediendo las leyes de los dioses. ¡Ha aniquilado a las antiguas Moiras!

ANTÍSTROFA 3.^a Y también para mí es aborrecible, mas no podrá arrancarlo de mis garras. Aunque buscara asilo bajo tierra no se vería libre. Dondequiera se vuelva habrá de hallar un numen vengativo que en el rostro le imprima los estigmas.

(Aparece APOLO).

APOLO. ¡Fuera, os ordeno yo, y a toda prisa, salid ya de mi templo! Retiraos; ¡dejad ya la profética morada! Si no, recibiréis blanca y alada sierpe salida de estos arcos de oro, y hará brotar la negra sangre humana entre estertores, y echar los coágulos de sangre que chupasteis. Que no es esta mansión para vosotras adecuada. Porque vuestro lugar se encuentra donde hay sentencias que siegan las cabezas, y vacían los ojos; do hay degüellos; donde se aja la flor de los mancebos, aniquilando su semilla, donde mutilaciones hay, lapidaciones, y donde en larga queja el empalado lanza sus ayes. ¿No me habéis oído?, monstruos abominables de los dioses, ¿en qué

fiestas hacéis vuestras delicias? Y a fe que vuestro aspecto es el más apto para este horror. La cueva de un león de sangre alimentado deberíais habitar, pero no manchar, en este templo sagrado, a otros. ¡Fuera, fuera, rebaño sin pastor! Vuestro rebaño no lo quiere ninguno de los dioses.

CORIFEO. Príncipe Apolo, escúchame: de cuanto ha sucedido no eres mero cómplice. Eres el responsable. Tú lo has hecho.

APOLO. ¿Y cómo fue? Amplía tu discurso.

CORIFEO. Tu voz oracular, al extranjero que matara a su madre le ordenó.

APOLO. Mi oráculo pidió vengar a un padre.

CORIFEO. Y luego prometiste protegerlo.

APOLO. SÍ, que buscara asilo en este templo.

CORIFEO. ¿Por qué injurias a sus perseguidores?

APOLO. NO merecen pisar el santuario.

CORIFEO. Esta es misión que tengo encomendada.

APOLO. ¿Y qué misión? Dime tu cometido.

CORIFEO. Expulsar del hogar al matricida.

APOLO. Y, ¿si una esposa mata a su marido...?

CORIFEO. Esta sangre vertida no es la suya.

APOLO. ¿No consideras, pues, y sin honores quieres dejar los juramentos de Hera, que las bodas sanciona, y los de Zeus? ¿Y sin honor a Cipris, que ha quedado según tu propia cuenta, desdeñada, ella que fuente ha sido para el hombre de todas las delicias? Porque el lecho do el destino juntó a esposa y esposo es más fuerte que todo juramento, por ley sagrada protegido. Y si tú te muestras tan blanda contra aquellos que entre sí se asesinan, y no buscas, mirándolos con ira, su castigo, niego que sea justo que persigas a Orestes. Pues estoy viendo que pones mucho empeño en un caso, mas que el otro lo tomas con más calma. Será Palas la que habrá de entender en esta causa.

CORIFEO. Nunca esperes que suelte yo a este hombre.

APOLO. Prosigue, pues, su caza; más fatigas con ello tú te buscas.

CORIFEO. No cercene tu lengua mis derechos.

APOLO. Pues yo no los deseo.

CORIFEO. Eres grande, se dice, junto al trono de Zeus. Empero yo —pues que me mueve la sangre de una madre— a este individuo habré de perseguir, y cual sabueso sus huellas seguiré.

APOLO. Voy a otorgarle mi protección, salvaré al suplicante. Porque entre dioses y hombres es terrible la ira de un suplicante, si queriendo, alguien lo traiciona.

(Desaparecen todos. Cambia ahora el lugar de la escena, que es la colina del Areópago de Atenas. ORESTES está abrazado a la estatua de ATENEA).

ORESTES. Diosa Atenea. heme aquí por las órdenes de Loxias. Acoge con piedad a este maldito, que no es un ser manchado, ni es impuro: quebrantado y gastado a fuerza de pisar la casa ajena y recorrer, cruzando mar y tierra, mil caminos, a tu templo he llegado, obedeciendo los preceptos proféticos de Loxias. Aquí, a tu imagen abrazado, diosa, espero el resultado de este pleito.

(Entra el CORO).

CORIFEO. He aquí una prueba, y bien patente, de que este es nuestro hombre. Así que sigue del mudo delator estos indicios. Porque al igual que un perro a un cervatillo herido, tras él vamos, persiguiendo la sangre que gotea. Y mis entrañas palpitan de fatiga por dar caza a este hombre. He recorrido todos los lugares del mundo, y, en mi vuelo sin alas, en mi búsqueda, he cruzado el mar entero como veloz nave. Y ahora él está oculto en un rincón: sonrío el olor de sangre humana.

CORO. Mira, vuelve a mirar, dirige tu mirada a todas partes, que no vaya a escapar el matricida, sin pagar por su crimen.

(Descubre a ORESTES).

Está aquí, está aquí, de nuevo un protector ha conseguido. Abrazado a la estatua de una diosa pretende someterse al juicio por un crimen que cometió su mano.

Mas esto no es posible: que la sangre vertida de una madre no puede recogerse, ¡por los dioses!, y una vez derramada el líquido se escapa. A cambio habrás de concederme que yo chupe de tu cuerpo vivo su rojo humor. ¡Pueda yo en ti encontrar el alimento de un brebaje que nadie probaría!

Voy a secarte vivo para luego bajo tierra arrastrarte y allí habrás de sufrir todo el castigo que merece tu acción de matricida.

Verás lo que recibe allí, cual la justicia exige, aquel mortal que haya pecado contra un huésped o un dios, o bien contra sus padres, a sabiendas de lo que hacía. Bajo tierra es Hades un terrible exactor de mortales: con su mente en donde toda acción es registrada, él lo contempla todo.

ORESTES. Formado fui en la desgracia, y muchos ritos catárticos yo conozco, y también sé el momento en que hay que hablar y tampoco ignoro cuándo hay que callar. Y en el caso presente orden me ha dado de que tome la palabra un pedagogo muy sabio. Porque se halla adormecida y marchitada la sangre de mi mano; está lavada ya la mancha matricida. Estaba aún fresca, en verdad, cuando ella fue conjurada en los altares del dios, y con el rito de Febo, que limpia de todo crimen: con la sangre de un lechón. Largo sería el relato si os tuviera que contar a cuántos me he aproximado sin causar con mi presencia daño a nadie. Porque el tiempo sabe,

mientras envejece, borrarlo todo. Y ahora con mi boca, que ya es pura, invoco piadosamente a Palas Atena, diosa de esta tierra, y que así acuda a darme su protección. Pues sin ayuda de lanzas hará de mí y de esta tierra y del pueblo de Argos, fiel y eterno aliado al tiempo. Y ahora, ya esté en la tierra de Libia, cabe las aguas del Tritón, que un día viera su nacimiento, los pies levantando u ocultando para enviar un socorro a sus amigos; o bien se encuentre en el llano flegro revistando sus ejércitos cual un valiente caudillo, ¡que acuda a mí!, porque siendo un numen, bien puede oírme aun de lejos, y que al fin me libere de mis penas.

CORIFEO. No, ni Apolo ni la fuerza de Palas evitarán que vayas a tu ruina, totalmente abandonado y sin conocer el gozo del alma, sombra sin sangre, y pastura de los dioses. ¿No me contestas, sino que rechazas, escupiendo, mis palabras, tú, la víctima engordada para mí, y que ha sido reservada para el sacrificio? Vivo, pues que no sacrificado en el altar has de ser mi banquete. Ahora escucha el mágico canto que te atará con sus hechizos.

CORO. *(Que va rodeando a ORESTES)*. Nuestro coro anudemos, pues que está decidido que vamos a entonar nuestra musa de horrores y a proclamar de qué suerte reparte nuestro conjunto los destinos de los hombres. Nos consideramos rectas justicieras; contra el hombre que tiene limpias las manos no se precipita nunca nuestra cólera. Así vive su vida sin daño alguno. Pero cuando uno ha pecado como ha hecho este individuo y quiere tener ocultas sus manos ensangrentadas, nos erguimos ante él en testigos de los muertos, y cual de sangre exactoras a su vista aparecemos, hasta la gota postrera.

ESTROFA 1.^a *Madre que me engendraste, ¡oh Noche, madre mía!, implacable castigo de quienes ven la luz o la han perdido, escucha mis plegarias. El retoño de Leto pretende arrebatarme mis honores, de esta liebre privándome, cabal ofrenda para la sangre expiar vertida de una madre.*

EFIMNIO 1.^o *Sobre la víctima nuestra, este canto, que es delirio y un extravío mortal de la mente, himno de Erinia que las almas encadena, un himno sin lira que va marchitando a los hombres.*

ANTÍSTROFA 1.^a *El destino implacable me ha hilado una misión que debo mantener con toda solidez. Acosar a los hombres que, en su loca maldad, al crimen se han lanzado, hasta que, al fin, descendan bajo tierra. Y una vez muertos ya ni entonces se ven libres de mi acoso.*

EFIMNIO 1.^o *Sobre la víctima nuestra este canto, que es delirio y un extravío mortal de la mente, himno de Erinia que las almas encadena, un himno sin lira que va marchitando a los hombres.*

ESTROFA 2.^a *Ya desde el nacimiento —nosotras proclamamos— esta misión fatal nos fue asignada. Intervenir en ella no es lícito a las manos de los dioses; ninguno es comensal de mis banquetes. Conmigo nada tienen que ver los blancos*

peplos.

EFIMNIO 2.º *Para mí reservé la total destrucción de los hogares, cuando algún Ares doméstico asesina algún deudo. Entonces nos lanzamos en su persecución y, por fuerte que sea, al fin lo aniquilamos con el peso de la sangre derramada.*

ANTÍSTROFA 2.ª *Es librar nuestro empeño, a otros de esta empresa; eximir a los dioses, con nuestra diligencia, de comenzar procesos. Pues Zeus considera indigna de su audiencia esta raza execrable, ensangrentada.*

EFIMNIO 2.º *Para mí reservé la total destrucción de los hogares, cuando algún Ares doméstico asesina algún deudo. Entonces nos lanzamos en su persecución y, por fuerte que sea, al fin lo aniquilamos con el peso de la sangre derramada.*

ESTROFA 3.ª *Y las glorias humanas, aun las más ilustres bajo el cielo, cual cera se derriten bajo tierra, aniquiladas por mi negro asalto, por los malignos ritmos de mis piernas.*

EFIMNIO 3.º *De un brinco, desde arriba, yo lanzo la pesada potencia de mis plantas que hacen caer incluso al más ligero, infortunio en verdad insoportable.*

ANTÍSTROFA 3.ª *Y aunque cae, lo ignora, en su loca quimera; tal es la negra noche que ha extendido su mancha sobre sus ojos. «Bruma sombría —dice el pueblo — sobre su hogar se abate».*

EFIMNIO 3.º *De un brinco, desde arriba, yo lanzo la pesada potencia de mis plantas, que hacen caer incluso al más ligero infortunio, en verdad insoportable.*

ESTROFA 4.ª *La desgracia le aguarda; que en medios somos ricos, tenaces en la empresa, sin perder la memoria de toda fechoría; Augustas e Impecables, para los hombres; siempre con la misión humilde por todos despreciada, que nos mantiene lejos de los dioses, en cenagal sin luz, misión tan dura para el que tiene ojos como para aquel hombre que los tiene cerrados.*

ANTÍSTROFA 4.ª *Así pues, ¿qué mortal no ha de sentir respeto ni temor al oír de mis labios las leyes que las Moiras me asignaron, y fue ratificada por los dioses? Antigua es mi misión. No me faltan honores, aunque tenga mi estancia bajo tierra, envuelta en la tiniebla que nunca el sol visita.*

(Aparece ATENEA).

ATENEA. De lejos, del Escamandro, unas voces he escuchado que mi nombre proclamaban, cuando posesión tomaba de la tierra, rico lote con la lanza conquistada, que me asignaron los príncipes y caudillos de los griegos, para ser mía por siempre, y como don escogido para el pueblo de Teseo. Y desde allí yo he acudido sin volar, pero girando infatigables mis pies, y haciendo que resonaran de mi égida los pliegues, después de uncir a mi carro unos vigorosos potros. Y yo ahora, al distinguir un corro que en esta tierra es nuevo, no tiemblo, no, mas me invade la sorpresa. ¿Quiénes sois,

pues? Mi pregunta a todos va dirigida: a este extranjero abrazado a mi imagen, y a vosotras a ningún ser parecidas. Pues los dioses no os contemplan cual diosas entre los dioses, ni vuestro aspecto semeja aspecto humano ninguno. Pero no es justo insultar sin tener ninguna queja, que lo veta la equidad.

CORIFEO. Hija de Zeus, te enterarás de todo en mis pocas palabras. De la Noche las tristes hijas somos. Nuestro nombre en la morada nuestra, bajo tierra, es el de Maldición.

ATENEA. Muy bien; ya sé vuestra ralea y vuestro nombre.

CORIFEO. Pronto, sabrás también mis horrendas funciones.

ATENEA. Si alguna de vosotras me lo aclara...

CORIFEO. Expulsar de su hogar al asesino.

ATENEA. Y ¿do acaba la fuga del culpable?

CORIFEO. Donde no se conoce la alegría.

ATENEA. Y ahora, ¿con tu grito, a este persigues?

CORIFEO. Justo estimó dar a su madre muerte.

ATENEA. Pero, ¿forzado, acaso, o bien temiendo la cólera de alguno?

CORIFEO. Y, ¿qué aguijón puede llevar incluso al matricidio?

ATENEA. Hay dos partes presentes, pero solo un alegato escucho.

CORIFEO. Es que no quiere ni aceptar ni prestar un juramento.

ATENEA. Quieres llamarte justa, antes que obrar justamente.

CORIFEO. ¿Cómo es esto? Explícate. Ciencia no te falta.

ATENEA. Un juramento no puede a la injusticia dar victoria.

CORIFEO. Interroga y emite un recto fallo.

ATENEA. ¿El juicio de este pleito me confías?

CORIFEO. El honor te concedo que mereces.

ATENEA. (A ORESTES). ¿Qué quieres replicar a estas palabras? Dinos cuál es tu patria y tu linaje; cuéntanos tu infortunio, y de tus cargos defiéndete después. Si porque tienes fe en la justicia estás aquí sentado junto a mi estatua, como un venerable suplicante cual un nuevo Ixión, contesta mis preguntas con respuestas que sean fácilmente comprensibles.

ORESTES. ¡Soberana Atenea! Antes que nada esa gran inquietud borrar quisiera que aflora en tus palabras; pues no soy suplicante que espera aguas lustrales, ni me he sentado al lado de tu imagen con las manos manchadas. Buena prueba de todo te daré: es ley que el reo no debe abrir la boca hasta el momento en que le moje de una res la sangre que un purificador habrá vertido. Hace ya tiempo, en otra casa, el rito cumplí con reses y corrientes puras de agua lustral. Así, pues, te lo pido, aleja de tu pecho este cuidado. En cuanto a mi linaje, prontamente vas a saberlo: yo soy un argivo. Mi padre, Agamenón, tú lo conoces, era el caudillo de los héroes que un día se embarcaron. Destruiste con su concurso la ciudad de Troya. Murió este rey, no

muy honrosamente, al volver a su casa; que mi madre con sus negros designios le dio muerte con una red traidora, testimonio de aquel crimen que un día en la bañera había cometido. A mi regreso —pues antes he vivido en el destierro— a mi madre maté, yo no lo niego, vengando, con su muerte, la del padre. Y de todo fue Loxias responsable, junto conmigo. Con muchos dolores —aguijones del alma— amenazóme si contra los culpables yo dejaba de cumplir su mandato. Tú, sentencia si obré o no con justicia, pues lo acepto, sea el que sea el fallo que tú emitas.

ATENEA. Si este caso se tiene por muy grave para que unos mortales lo diriman, tampoco puedo yo fallar un caso de muerte por encono. Sobre todo, cuando a mí has acudido con un gesto de suplicante, y puro, y sin peligro de mal para mi templo, y te he acogido en mi ciudad como ser sin reproche. Empero, unos derechos tienen estas que no resulta fácil conculcar, y si no alcanzan fallo victorioso en este pleito, invadirá la tierra el veneno de su resentimiento, peste insufrible. Son así las cosas. Y sea como sea, si se quedan aquí o las expulsamos de esta tierra me han de causar desdichas sin remedio. Pero puesto que aquí se ha presentado el caso, de esta sangre escogeré jueces atados por gran juramento y luego en un augusto tribunal lo tornaré, que dure para siempre. Buscadme los testigos y las pruebas, juramentado auxilio del derecho. Yo voy a recoger la flor y nata de mi ciudad, y volveré al instante para que justamente el pleito fallen sin transgredir en nada el juramento con espíritu inicuo y alevoso.

(Sale ATENEA).

CORO.

ESTROFA 1.^a *Hoy habrá subversión, hoy nuevas leyes, si triunfa el derecho asesino de este matricida. A todos los mortales esta hazaña ha de abrirles la ruta a la licencia. ¡Qué de heridas abiertas por sus hijos aguardan a los padres, con el tiempo!* ANTÍSTROFA 1.^a *Todo, porque la ira de estas Furias —de la conducta humana centinelas— no van a castigar tales acciones: la muerte andará suelta. Y mientras cada cual el mal ajeno va contando, preguntará a su amigo: «¿Cuándo van a acabar estas desgracias?». Y el infeliz tan solo sugerirle podrá vanos remedios.*

ESTROFA 2.^a *Que nadie ya, por la desgracia herido, pida ayuda invocando la Justicia, y la Erinia. Algún padre quizá, quizá una madre, lanzarán este grito lastimero, en medio de su angustia, pues se ha hundido el hogar de la Justicia.*

ANTÍSTROFA 2.^a *Que es, a veces, el miedo provechoso: centinela del alma, en ella mora entronizado. Es útil la prudencia que inspira la atrición. Porque, ¿quién, individuo, o bien, ciudad, bajo este sol que alumbra si no abriga un temor dentro del pecho, honrará a la Justicia?*

ESTROFA 3.^a *No elogies una vida licenciosa ni la que al despotismo está sujeta. Que Dios ha concedido la victoria siempre al término medio. Porque el resto, lo rige*

de otra guisa. Comedido es también lo que proclamo: de la impiedad es la insolencia el hijo, ciertamente; de la salud del alma brota toda ventura, de todos tan querida y anhelada.

ANTÍSTROFA 3.^a *En términos supremos te lo digo: tú venera el altar de la Justicia, no la ultrajes con tus impías plantas porque hayas divisado una ganancia. Que el castigo vendrá; su cumplimiento espera, soberano. Coloca, pues, el paternal respeto en un lugar muy alto. Y acepta con piedad la visita del huésped que acude a tu morada.*

ESTROFA 4.^a *Quien, porque quiere, es justo, y sin presiones, no quedará sin dicha; no irá jamás a una total ruina; El rebelde que, a fuerza de atropellos amontona riqueza injustamente, con el tiempo —te digo— habrá de amainar velas, cuando tenga sus cuitas al rompersele el mástil de la nave.*

ANTÍSTROFA 4.^a *Llama a gritos a quienes no le escuchan, desde el centro de la horrible tormenta; y los dioses se burlan de aquel varón ardiente viendo —¿quién lo dijera?— que se hunde, sin remedio entre males, impotente para evitar las olas. Y entonces estrella en los escollos de Justicia, su ventura de antaño, para, al final, hundirse, y perecer sin que le llore nadie.*

(Reaparece ATENEA. Durante el canto coral se ha ido arreglando la sala para el juicio. Un heraldo señala a cada miembro del tribunal su puesto).

ATENEA. Heraldo, haz ya tu oficio y esta masa detén. Luego, con la trompeta etrusca, cuya voz llega al cielo, con su aliento que haga al pueblo escuchar su agudo canto.

Que mientras se reúne este consejo debe reinar silencio, y así el pueblo conocerá las normas que yo quiero para siempre instaurar, y así podamos fallar perfectamente este litigio que a estas dos partes puso cara a cara.

(Aparece APOLO).

CORIFEO. Príncipe Apolo, impón tu autoridad en lo que es tuyo. Pero dime, ¿qué tienes que ver en esta causa tú?

APOLO. He venido a prestar mi testimonio. Según las leyes, es mi suplicante, y a mí ha acudido en busca de socorro. Yo soy quien de su crimen lo ha lavado. Pero aquí estoy también para apoyarle, que el responsable soy del matricidio. (A ATENEA). Abre, pues, el juicio y hasta el fin condúcelo como mejor entiendas.

ATENEA. (A las ERINIAS). La palabra os concedo, abre el debate. Si quien acusa habla el primero, puede narrar muy bien los puntos en litigio.

CORIFEO. Hablaremos muy breve, con ser muchas.

(A ORESTES). Contéstame pregunta por pregunta: ¿Mataste o no mataste tú a tu madre?

ORESTES. Sí, la maté; no voy eso a negarlo.

CORIFEO. He aquí el primero de los tres derribos.

ORESTES. Aún no he caído y de vencer te jactas.

CORIFEO. Aún debes confesar cómo lo hiciste.

ORESTES. Le seguí la garganta, lo confieso, con una espada que mi brazo armaba.

CORIFEO. ¿Quién a ello te impulsó, te dio la idea?

ORESTES. (*Señalando a APOLO*). Los oráculos de este; él me es testigo.

CORIFEO. ¿El profeta te indujo al matricidio?

ORESTES. Sí, y hasta hoy mi suerte no deploro.

CORIFEO. De otra guisa hablarás, si te condenan.

ORESTES. Desde su tumba el padre me da ayuda.

CORIFEO. ¿En los muertos confías, matricida?

ORESTES. Con crimen doble se manchó ella el alma.

CORIFEO. Aclara tus palabras al jurado.

ORESTES. Mató a su esposo, asesinó a mi padre.

CORIFEO. TÚ, sin embargo, vives, y ella ha muerto.

ORESTES. ¿Por qué no la acosaste, estando viva?

CORIFEO. No comparten su sangre los esposos.

PRESTES. ¿ES que comparto yo la de mi madre?

CORIFEO. ¿Pues cómo te gestó ella en sus entrañas, asesino? ¿Reniegas de su sangre?

ORESTES. (*A APOLO*). ES hora de que prestes testimonio. Explícame, oh Apolo, si la vida le quité justamente. Porque el hecho tal como sucedió, yo no lo niego. Pero tú has de decir si fue en justicia, cual crees, que esta sangre fue vertida o lo fue injustamente. De este modo conseguiré informar a este jurado.

APOLO. Voy a testificarlo ante vosotros, institución augusta de Atenea. Fue en justicia. Y yo soy un profeta, no he de mentiros. Nunca de mi trono profético un oráculo he proclamado sobre varón, mujer o algún estado, que no me haya dictado Zeus, el padre de los dioses. Os invito a atender la gran autoridad de este argumento y aceptar los principios de mi padre. Más que Zeus nunca puede un juramento.

CORIFEO. Zeus, pues, según declaras, el augurio te sugirió que a Orestes ordenaba que vengara la muerte de su padre hollando los derechos de una madre.

APOLO. Sí, porque no es lo mismo que el que muera sea un noble investido con el cetro de Zeus, y a más, a manos de una esposa —que no cometió el crimen con la ayuda de un arco impetuoso, cual podría hacerlo una Amazona— mas del modo que

vais ahora a escuchar, Ralas Atenea, y vosotros, que estáis para dar vuestro voto en este proceso: regresaba del campo de batalla, do lograra en casi todo un éxito notable. Ella lo acoge con palabras tiernas, ... y lo envuelve en un manto, y cuando ya lo ha prendido en los pliegues de aquel peplo recamado, golpe mortal le asesta. Tal fue, como os he dicho, el cruel destino del gran hombre caudillo de la armada. A ella os la he pintado de este modo, para que el pueblo, que ha de dar el fallo sienta en su pecho el diente de la ira.

CORIFEO. Zeus, según tú, da mayor importancia a la muerte de un padre. Y, sin embargo, al suyo, al viejo Crono, de cadenas un día lo cargó, y ¿ahora tú afirmas que no hay contradicción en tus palabras? (*Al tribunal*). Prestad mucha atención: sois mis testigos.

APOLO. ¡Monstruos aborrecibles, de los dioses espanto! Las cadenas él podía desatarlas, tiene remedio, existen mil formas de romperlas. Pero cuando la sangre de un varón bebió la tierra, no hay medio de volverle a la existencia. Contra este mal mi padre no fabrica hechizos, él que todo lo conmueve sin perder el aliento en el esfuerzo.

CORIFEO. Mira de qué manera lo defiendes para que sea absuelto. Fue la sangre de una madre lo que virtió —¿lo escuchas?— ¿Y luego va a vivir en Argos, bajo el techo de su padre? ¿Y a qué altares podrá acercarse? Di. ¿Qué cofradía podrá acogerlo en sus sagrados ritos?

APOLO. Te lo diré, y acepta mis razones: del hijo no es la madre engendradora, es nodriza tan solo de la siembra que en ella se sembró. Quien la fecunda ese es engendrador. Ella, tan solo —cual puede tierra extraña para extraños— conserva el brote, a menos que los dioses la ajen. Y daré mis argumentos: puede haber padre sin que exista madre, y muy cerca tenemos un testigo, la propia hija de Zeus, rey del Olimpo. No fue gestada en las tinieblas de una materna entraña, mas, ¿qué dios podría dar a luz a un retoño semejante? En cuanto a mí, oh Atenea, cual sé hacer en otros casos, quiero engrandecerte a ti, y a tu ciudad, y sus habitantes. A este (*por ORESTES*) en suplicante, lo he enviado a tu templo, porque te sea fiel eternamente, y en él halles, diosa, fiel aliado en sus descendientes. Y esa fidelidad se hará extensiva a sus hijos futuros, para siempre.

ATENEA. ¿Puedo, pues, ya ordenar, que, en conciencia emita este jurado un justo fallo puesto que ya se ha hablado lo bastante?

CORIFEO. Nosotros disparamos nuestras flechas. Ahora espero escuchar vuestro fallo.

ATENEA. Y, ¿vosotros? ¿Cómo debo actuar para no merecer vuestra repulsa?

APOLO. Ya oísteis lo que oísteis, extranjeros. Y que al votar respete vuestro pecho los juramentos que prestasteis antes.

ATENEA. Oíd lo que dispongo, oh habitantes del Ática, que hoy, por vez primera

en un pleito juzgáis de asesinato. Desde ahora en adelante y para siempre, tendrá como tribunal augusto, de Egeo el pueblo, esta corte. Y en esta colina de Ares, asiento y campo de aquellas Amazonas que marcharon contra la ciudad, un día, por su odio hacia Teseo —y que en aquella ocasión edificaron las altas torres de esta ciudadela, donde a Ares sus sacrificios ofrecían, y por ello roca y monte recibieron el nombre que llevan—, digo, pues, que en esta roca el miedo y el respeto, hermano suyo, lejos del crimen habrán de mantener, noche y día, al ciudadano, entre tanto no subviertan estas leyes. Si en su caudal viertes lodo y turbias corrientes, y ensucias el agua clara, no tendrás agua potable.

Ni indisciplina excesiva, pues, ni gobierno despótico, que tales son los principios que aconsejo respetar sin, empero, eliminar de la ciudad para siempre todo temor. Pues si nada teme, ¿qué hombre va a seguir el recto camino? Si sentís justa reverencia hacia este tribunal, en él habréis de encontrar un protector baluarte de esta tierra, de este estado, cual no ha conocido nadie ni en Escitia ni de Pélope en la tierra. Y será virgen de corrupción, y severo, venerable, en vela siempre por proteger al dormido: tal es el consejo que yo instituyo, protección eterna de esta ciudad. He aquí el largo discurso que dirijo, sobre el futuro, a mis conciudadanos. Pero ahora el momento ya es llegado de ponerlos de pie, y vuestro voto depositar, y emitir la sentencia manteniéndoos fiel al juramento. He dicho.

(Los jueces se levantan y van depositando sus votos en las urnas).

CORIFEO. Os aconsejo no arrancar sus derechos a este pesado coro que se ha asentado en vuestra tierra.

APOLO. Pues yo os invito a respetar mi oráculo, que es también el de Zeus, y no impedáis que fructifique.

CORIFEO. Tú quieres tratar un delito de sangre, y no te incumbe. ¡Nunca más podrás dar ya un oráculo sin mancha alguna!

APOLO. ¿Es que, por tanto, entonces, se equivocó mi padre en sus decretos cuando Ixión, el primer asesino, fue a pedirle que lo purificara?

CORIFEO. Lo dices tú; pero yo, si no alcanzo justicia, en mi venganza voy a ser para esta tierra un fardo muy pesado.

APOLO. Tú no tienes derecho entre los dioses, ni jóvenes, ni antiguos; yo triunfo.

CORIFEO. Igual fue tu conducta con Admeto. Persuadiste a las Moiras que tornaran en inmortal a aquel que mortal era.

APOLO. ¿No es justo hacer el bien al que te ha honrado, en especial cuando él te necesita?

CORIFEO. La antigua ordenación arruinando, tú engañaste a las diosas con el vino.

APOLO. No alcanzarás victoria en este pleito, pronto vomitarás esa ponzoña, que ya no habrá de ser en el futuro pesada carga para tu enemigo.

CORIFEO. Pues que tú, joven dios, a estas ancianas bajo las patas de caballos echas, voy a esperar hasta escuchar sentencia: porque aún es cosa no del todo clara si contra la ciudad he de irritarme.

(Entre tanto todos los jueces van depositando su voto. La última es ATENEA).

ATENEA. Mi privilegio es votar la postrera. Y yo voy a votar en pro de Orestes. No me parió una madre, y siempre, en todo, salvo en tomar esposo, me he encontrado del lado del varón. Soy, sin reserva, del bando de mi padre. De este modo, no prefiero el destino de una hembra que muerte dio a su esposo, de una casa dueño y señor. Orestes gana el pleito aunque haya empate. Así que, sacad pronto los votos de las urnas, quienes tenéis a vuestro cargo esta tarea.

(Se sacan los votos de las urnas).

ORESTES. ¿Cuál será el resultado, Febo Apolo?

CORIFEO. ¡Oh madre Noche! ¿Ves qué está pasando?

ORESTES. Tengo ante mí morir o ver el sol.

CORIFEO. Y yo la ruina o conservar mi gloria.

APOLO. Contad muy bien los votos de las urnas, y procurad hacer un escrutinio sin un error; que un voto menos puede ser el desastre y uno más traer la salvación a esta pobre familia.

ATENEA. *(Tras contar los votos).* Este hombre queda absuelto del delito de sangre; en un empate se ha resuelto la cuenta de los votos.

(APOLO se va).

ORESTES. Has salvado mi hogar, oh Ralas; mi perdida patria me has devuelto. En Grecia alguien dirá: «De nuevo es este ciudadano argivo; de nuevo vive en la heredad paterna por gracia de Atenea, y por Apolo, y por gracia también del Juez Supremo, del Salvador que, viendo el infortunio de mi padre, la salvación me otorga, aun viendo de mi madre el defensor».

En cuanto a mí, a esta ciudad y pueblo para el tiempo futuro, y para siempre, hago este juramento cuando parto hacia mi patria. «Nunca de mi tierra ningún piloto ha de venir a esta una bélica pica sosteniendo». Y yo, que a la sazón seré en la tumba, al transgresor del juramento que hago haré que se arrepienta de su empeño con

horrorosos males, colocando en su camino el desaliento y duros auspicios a su paso. Mas si observan el juramento y la ciudad de Palas respetan con la ayuda de su lanza, me mostraré clemente. Pero ahora, ¡salud! a ti, y al pueblo que protege esta ciudad. Que sea irresistible tu ardor delante de los enemigos, y te conceda el triunfo en el combate.

(Se va).

CORO.

ESTROFA 1.^a *¡Ay, ay! Jóvenes dioses, la antigua institución habéis hollado, me lo habéis arrancado de las manos. Sin honra, sin ventura, rebosante de cólera en contra de esta tierra, destilando un veneno, un veneno que será mi venganza contra esta tierra, irresistible... De él una peste que dejará sin hojas y sin hijos saldrá... ¡Oh, Justicia!, y que cayendo sobre la tierra vuestra hará brotar contra el país mil plagas asesinas. ¿He de llorar? ¿Qué hacer? ¿He de mostrarme contra estos ciudadanos insufrible? ¡Ay, qué triste destino han conocido las hijas de la Noche que gimen sin honor, aquí postradas!*

ATENEIA. Creedme y no reaccionéis con un llanto tan agudo; que no habéis sido vencidas: de las urnas ha salido un fallo con igualdad de votos, y con verdad, pero ello no significa que hayáis sido deshonradas. Había en juego brillantes testimonios, emanados de Zeus. Y el dios que emitiera su oráculo ha testificado que, con sus actos, Orestes, ningún daño sufriría. ¿Vais ahora a vomitar sobre esta ciudad la ira que os acongoja? Pensad, y no os encolericéis; los frutos no destruyáis diabólico humor vertiendo, picas salvajes que roen las simientes. Yo os prometo —cosa enteramente justa— en esta tierra un asiento legítimo, do sentadas en un trono esplendoroso junto al altar, los honores recibiréis de esta tierra.

CORO. *¡Ay, ay! Jóvenes dioses, la antigua institución habéis hollado, me la habéis arrancado de las manos. Sin honra, sin ventura, rebosante de cólera en contra de esta tierra, destilando un veneno, un veneno que será mi venganza contra esta tierra, irresistible. ..De él una peste que dejará sin hojas y sin hijos saldrá... ¡Oh, Justicia!, y que cayendo sobre la tierra vuestra hará brotar contra el país mil plagas asesinas. ¿He de llorar? ¿Qué hacer? ¿He de mostrarme contra estos ciudadanos insufrible? ¡Ay, qué triste destino han conocido las hijas de la Noche que gimen sin honor, aquí postradas!*

ATENEIA. De honores no carecéis. Y no hagáis, en vuestra enorme indignación, a esta tierra sorda a los mortales. Tengo en Zeus toda mi esperanza, y —¿para qué he de decirlo?— la única diosa yo soy que sabe do está la llave de la habitación en donde está el rayo, bajo sello. Pero no, no me hará falta: tú hazme caso, y que tu lengua impía, sobre esta tierra no lance una maldición que eche a perder las cosechas.

Adormece ya el amargo aguijón de estas oscuras olas, como compañera mía de morada que eres, y que recibe el honor de ella merecida. En estas anchas tierras, las primicias siempre serán para ti —ofrendas por nacimientos y por bodas— y algún día tendrás que hacer el elogio, por siempre, de mis consejos.

CORO.

ESTROFA 2.^a *¡Yo sufrir este ultraje! ¡Yo, con esa sapiencia tan antigua vivir en esta tierra, como algo sin honor, y abominable! ¡Oh no! Respiro indignación, respiro un aliento de venganza. ¡Ay, ay, tierra, ay de mí! ¡Ay qué dolor penetra en mis costados, qué dolor en mi pecho! Escucha, madre Noche, mi antigua dignidad me la han robado y en nada me ha tornado el invencible engaño de los dioses.*

ATENEA. Tu indignación yo soporto, puesto que tienes más años. Mas si en ciencia me superas, también Zeus me ha concedido a mí la sabia prudencia. Si hacia otro país extraño os marcháis, ahora, un día de menos la habréis de echar. Escuchad el vaticinio que os ofrezco ahora: el tiempo, en su incesante fluir, a estos ciudadanos gloria dará; y tú, en tu gloriosa mansión, junto al Erecteo, de los hombres y mujeres las honras alcanzarás que nunca recibirías de otras manos. Mas no lances contra esta tierra que es mía tus aguijones sangrientos, tortura de entraña joven, de furor enloquecidos no causado por el vino. Tampoco cual si irritaras el corazón de unos gallos, instaures entre mi gente algún Ares intestino que la audacia de los grupos haga revivir. La guerra venga contra el extranjero; que se apresta fácilmente cuando existe un ansia viva por conseguir un renombre. Mas yo no quiero el combate de ave de corral causar. Tales dones de mis manos tú podrías recibir, ya causando beneficios, o recibéndolos tú, y, bendita y adorada, participar en la vida de esta tierra, que los dioses para sí un día escogieron.

CORO.

ANTÍSTROFA 2.^a *¡Yo sufrir este ultraje! ¡Yo, con esa sapiencia tan antigua vivir en esta tierra, como algo sin honor, y abominable! ¡Oh no! Respiro indignación, respiro un aliento de venganza. ¡Ay, ay, tierra, ay de mí! ¡Ay, qué dolor penetra en mis costados qué dolor en mi pecho! Escucha, madre Noche, mi antigua dignidad me la han robado y en nada me ha tornado el invencible engaño de los dioses.*

ATENEA. Yo no me cansaré nunca de enumerarte los bienes que te ofrezco, y así nunca dirás que tú, diosa antigua, tuviste que huir sin honra expulsada por un dios que es más joven, y por quienes en esta región habitan. Si persuasión majestuosa es algo muy sacrosanto —de mi lengua dulce hechizo— tú te quedaras aquí. Mas si quedarte no quieres, no obrarías justamente vertiendo sobre esta tierra injusto resentimiento, cólera, acaso, o bien daño para el pueblo. Porque puedes ocupar una gran parte de esta tierra, y, con justicia, ser honrada de por siempre.

CORIFEO. Atenea, ¿qué sede me prometes?

ATENEA. Será sin daño. Acéptala sin más.

CORIFEO. La acepté ya. ¿Qué dignidad me espera?

ATENEA. Que sin tu bendición, no hay feliz casa.

CORIFEO. ¿Harás tan grande mi poder, Atena?

ATENEA. Sí. El éxito daré al que te venera.

CORIFEO. ¿Me darás garantía para siempre?

ATENEA. Si algo no he de cumplir, no lo prometo.

CORIFEO. Creo que tus hechizos me han calmado: mira, depongo todo mi rencor.

ATENEA. En esta tierra ganarás amigos.

CORIFEO. ¿Qué me mandas pedir para esta tierra?

ATENEA. Aquello que no tenga un mal triunfo en su punto de mira; que la brisa de la tierra, del mar, y la del cielo oree en la región bajo los rayos desbordantes del sol; y que los frutos del país, y el ganado no se cansen de dar prosperidad a los ciudadanos. Que se proteja la simiente humana, y se arranque de cuajo a los impíos; pues me llena de gozo, cual si fuera yo un hortelano, que no sufra daño la raíz de los justos. Y esta es tu misión ya, y en cuanto a los combates que gloria dan, jamás consentiré que, si obtiene el triunfo, no resulte sin honra mi ciudad entre los hombres.

CORO.

ESTROFA 1.^a *Aceptaré vivir con Atenea; no desdeño, tampoco, una ciudad do moran Zeus todopoderoso y Ares, la ciudadela de los dioses, orgullo de los númenes de Grecia, protección de sus aras. Por ella hago mis votos, con propicios oráculos, y que la luz del sol, resplandeciente, haga brotar del suelo los bienes de los campos que nos dan la ventura.*

ATENEA. Por el amor que siento por mi pueblo, he aquí lo que yo instauro en este día: instalo en esta tierra númenes poderosos, inflexibles. Es su función regir la vida humana; quien se ha propiciado deidades tan crueles ignora enteramente de do vienen los golpes de la vida. Los pecados de sus antepasados a ellas lo conducen; y una muerte en silencio aniquila, con ira rencorosa, a quien tan alto hablaba.

CORO.

ANTÍSTROFA 1.^a *Que no sople jamás el maleficio que destruye los árboles —he aquí mis bendiciones—. Los calores que abrasan las yemas de las plantas ¡que no crucen jamás vuestras fronteras! ¡Y que no lleguen aquí las funestas, las estériles plagas de los campos! Que produzca la tierra ovejas saludables, cada una, a su debido tiempo, madre de dos corderos. Que el fruto del tesoro que bajo tierra yace honre siempre estos dones de Hermes, que los dioses un día os concedieron.*

ATENEA. ¿Escucháis, vigilantes de esta ciudad, los dones que os prometen? La augusta Erinia es muy poderosa cabe los inmortales y junto al dios que bajo tierra mora. Ella dispone todo cuanto al hombre concierne, en forma clara, plenamente. Cantos a unos concede; y a otros, una vida cegada por el llanto.

CORO.

ESTROFA 2.^a *De nuestra tierra expulso los destinos que matan a los hombres antes del tiempo prefijado. ¡Dad a las doncellas deseables una vida feliz al lado de un esposo, vosotras Moiras, árbitros de la suerte del hombre, hermanas nuestras, númenes justicieros, presentes en todos los hogares donde el peso de vuestra justiciera presencia hacéis sentir, las diosas más honradas en todos los lugares!*

ATENEA. Al escuchar los dones que, en su bondad, aseguran a mi pueblo, me invade el gozo, y siento gratitud, a los ojos de Persuasión, que ha cuidado mis labios y mi boca ante estas, que, en forma tan salvaje, rehusaban. ¡La victoria es de Zeus, el dios de la palabra! Se ha impuesto para siempre nuestra tenacidad, al bien orientada.

CORO.

ANTÍSTROFA 2.^a *¡Que la civil discordia de males insaciable, nunca llegue a rugir en esta tierra! Estas son mis plegarias. Y que el polvo abrevado con la negra sangre de ciudadanos no busque, en su ira por vengar la muerte, represalias que causan la ruina de ciudades. ¡Que se intercambien gozos compartiendo el amor, y que odien como si un solo corazón tuviesen! Esto es, en muchos males, un remedio en el mundo.*

ATENEA. ¿No es cierto que has hallado la ruta de la lengua bienhechora? De esos horribles rostros veo surgir para este pueblo, espléndido provecho. Si sabéis devolverles su amor con vuestro afecto y los honráis por siempre con espléndidas honras se os verá eternamente conduciendo esta ciudad, esta tierra por el sendero de recta justicia.

CORO.

ESTROFA 3.^a *¡Salud, salud en los dones benditos de la riqueza! ¡Salud, pueblo de Atenas que te sientas al lado de la Virgen hija de Zeus, y la amas y eres por ella amado, y cada día tu prudencia acrecientas! Quien de Atenea está bajo las alas, su padre le protege.*

ATENEA. ¡Salud también vosotras! Pero yo la primera he de partir para, a la luz sagrada del cortejo, mostraros vuestra sede.

(Aparece un cortejo de antorchas).

Id, y mientras se ofrendan las víctimas solemnes descendad bajo tierra y alejad del país todo mal, y traed la fortuna en provecho de Atenas. Y vosotros, descendientes de Cránao, dueños de esta ciudad, guiad a estas extranjeras. ¡Y que mis ciudadanos, en su propio provecho, formulen rectos votos!

CORO.

ESTROFA 3.^a *¡Salud, salud de nuevo! Repito ahora mi voto a hombres y dioses todos de esta tierra. La ciudad do vivís es la de Palas. Si aceptáis que aquí viva esta*

extranjera, no habréis de lamentar las penas de la vida.

ATENEA. Las fórmulas apruebo de vuestras bendiciones. Y voy a conducirlos a la luz de espléndidas antorchas bajo tierra, al espacio que hay allí. Conmigo han de venir las servidoras que custodian mi imagen, es lo justo. Y que salga lo mejor de la tierra de Teseo, tropa ilustre de niños y mujeres, y de ancianas también... A estas diosas honrad con vestimentas de púrpura; y que brote la luz del fuego, para que estas habitantes de la tierra bondadosas, al fin, revelen su presencia, a ilustres ciudadanos dando vida.

EL CORTEJO.

ESTROFA 1.^a *En marcha, grandes y santas hijas sin hijos de Noche, junto con este cortejo que os respeta. Ahora vosotros ciudadanos, ¡silencio!*

ANTÍSTROFA 1.^a *A la hondura de la tierra, donde un culto sin igual con las honras hallaréis y los dones que teníais. Y vosotros, ciudadanos ¡un religioso silencio!*

ESTROFA 2.^a *Benévolas, Bienhechoras con esta tierra, venid, Augustas, en esta ruta gozando de estas ardientes antorchas. Y ahora, ¡ololé!, dad en respuesta a mi canto.*

ANTÍSTROFA 2.^a *La paz, para la ventura de sus casas hoy está con los súbditos de Palas. Zeus, el que todo lo ve, y las Moiras de este modo lo acordaron. Y ¡ololé!, dad en respuesta a mi canto.*

(El CORTEJO se pone en marcha, desapareciendo por ambos lados de la orquéstra).